

22
CIÓ

TWAIN

EL
PROMETIDO
DE
AURELIA

PS1322

A88

LONG



1020028810



EL PROMETIDO DE AURELIA

Núm. Clas. 817.4
Núm. Autor 6656
Núm. Adg. 28880
Procedencia -8-
Precio AS
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

Colección "ALEGRÍA,"

VOLUMEN VII

El prometido de Aurelia

NARRACIONES HUMORISTICAS

POR

MARK TWAIN

(SAMUEL L. CLEMENS)

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

por

AUGUSTO BARRADO

SEGUNDA EDICIÓN

100797



ADMINISTRACIÓN
DEL "NOTICIERO-GUÍA DE MADRID"
Velázquez, 67.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

28380

813
9.



PS 1322
A 88

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID, 1907.—Imp. de la Comp.^a Mad.^a de Urbanización.
Oficinas, Lagasca, 6.—Teléfono, 1254.



El prometido de Aurelia.

Los hechos que voy á relatar se hallan consignados en una carta que me dirige cierta señora residente en la hermosa ciudad de San José. No conozco á la autora de la misiva. Firmase Aurelia María, lo que bien pudiera ser un seudónimo. Como este es un detalle que en nada afecta al interés del relato, debo no parar mientes en él y abordar de lleno el asunto.

Según puedo colegir por la simple lectura del documento, la joven Aurelia ha sufrido mucho en el mundo, y además se encuentra sin saber qué hacerse en un momento decisivo de su vida. Quiere contraer matrimonio; pero, de una parte, se lo impiden consejos más ó menos interesados de amigos y parientes, y de otra, dificultades de un género nuevo en absoluto. A pesar de los pesares insiste en casarse, y creyendo que mi opinión ha de sacarla del aprieto, me escribe solicitándola, por cierto con elocuencia capaz de conmovér á una estatua.

Sabed, ahora, la triste historia de Aurelia.

Acababa de cumplir diez y seis años cuando encontró en su camino á un guapo chico de New-Jersey, llamado Williamson Breckinridge Caruthers. Le vió y le amó con todo el ardor de que es capaz un corazón meridional, teniendo la suerte de ser correspondida. Juraron ser el uno del otro, con el asentimiento de sus respectivas familias, y durante algún tiempo fueron felices. Su existencia parecía hallarse caracterizada por una inmunidad contra la desgracia algo superior á la que poseen ordinariamente los humanos. De improviso, cambió la faz de la fortuna. El bello Caruthers fué atacado por la viruela negra, pero no una viruela negra benigna, sino viruela de las más virulentas y destructoras. De modo que, cuando Caruthers recobró la salud, parecía su cara un plano en relieve de las Montañas Rocosas. ¡Desventurado Williamson!... ¡Su hermosura había huido para siempre!...

Aurelia pensó en un principio romper su compromiso, más, llevada de compasión, se limitó á aplazar la boda unos meses, dejando al pobre Caruthers tranquilo y lleno de dulces ilusiones.

La víspera del día fijado para el matrimonio, Breckinridge, que contemplaba distraídamente el vuelo de una cometa, cayó en un pozo y se rompió una pierna. Hubo que amputársela por encima de la rodilla.

Por segunda vez intentó Aurelia libertarse de la palabra empeñada, pero no obstante, volvió á

triunfar el amor, y quedó en suspenso la boda hasta que Williamson estuviera completamente restablecido.

Nuevo infortunio, no más leve que los anteriores, impidió la celebración del enlace. Hallábase Caruthers presenciando las salvas de artillería conmemorativas de la Independencia americana, cuando el disparo imprevisto de un cañón le arrebató un brazo. Tres meses después llevábase el otro, entre sus estrías, la rueda de una máquina cardadora. Al saber Aurelia esta serie de desgracias creyó morir de desesperación. Afligiase al ver que su prometido la iba abandonando pedazo tras pedazo, y pensaba que, de seguir tal sistema de reducción, muy pronto no quedaria gran cosa de Williamson, pues ella carecía de medios para detenerle en el funesto camino emprendido.

En su hondo padecer llegaba casi á lamentar, como el negociante que se obstina en seguir una empresa y pierde cada vez más dinero, el no haber aceptado á Breckinridge antes de que hubiera sufrido tan alarmante disminución. Sobrepúsose el afecto, decidiendo por fin Aurelia hacer frente á toda costa á las deplorables disposiciones de su prometido.

De nuevo se aproximó el día de la boda y de nuevo se amontonaron las nubes de la desilusión. El incorregible Caruthers enfermó de erisipela y perdió completamente el ojo derecho. La familia y los amigos de la joven, considerando que ésta ha-

bía demostrado mucha mayor obstinación generosa de la que racionalmente podía exigírsele, intervinieron por tercera ó cuarta vez, y casi lograron que desistiese de su empeño. Digo «casi» porque la ruptura no llegó por fin á ser un hecho. Aurelia dijo que sí, al escuchar los razonamientos de sus consejeros, pero luego se volvió atrás, reflexionó unos instantes y declaró que, después de todo, no daba Breckinridge ningún motivo de censura. En consecuencia, aplazóse la boda, y en el intermedio, Caruthers se rompió la otra pierna.

Fué un día negro para la generosa niña aquél en qué vió á los médicos llevarse en un saco el cuarto pedazo de Williamson. Lloró como una Magdalena pensando que de día en día iba reduciéndose la esfera de sus afectos; pero con tenacidad de mártir, resistióse á las súplicas familiares, y reiteró á Breckinridge su palabra de casamiento.

Pocos días antes del término fijado para la boda, ocurrió la última desdicha. En todo el año sólo hubo un hombre que cayese entre las manos de los indios de Owen River; aquel hombre fué Williamson Breckinridge Caruthers, de New-Jersey. El infortunado amante acudía á casa de su prometida, entregado á dulces ensueños de amor, cuando le cazaron los pieles-rojas y le mondaron el cráneo. Los crueles coleccionistas de cabelleras dejaron la cabeza de Caruthers como un queso de bola á medio raspar.

Tal es la situación del prometido de Aurelia en la actualidad. La abnegada muchacha continúa queriéndole, á pesar de todo, y de ahí que me consulte.

«¿Qué debo hacer?—dice al final de su estimable carta—. Yo amo á Williamson, ó al menos, á lo que queda de Williamson. Mi familia se opone con todas sus fuerzas al matrimonio, porque mi novio, tras de hallarse imposibilitado para ganar el pan, es todavía más pobre que yo, y yo no sé lo que son cinco dollars reunidos. Ruego á usted que me saque de estas angustiosas dudas. En espera de su respuesta, etc.»

* * *

Contestar categóricamente á una pregunta de esa naturaleza es algo más difícil de lo que parece. Se trata de dar una respuesta clara, terminante, sin ambigüedades. Va en ello la suerte y quizá la vida de una mujer y de casi las dos terceras partes de un hombre. A mi juicio fuera asumir enorme responsabilidad contestar haciendo una indicación vaga y sólo con el deseo egoísta de salir del paso.

Vamos á ver; ¿costaría mucho la reconstrucción completa de Breckinridge? Porque de ser cosa económica, podíamos intentar algo en ese sentido, destinando parte de mis economías á la compra de dos brazos, dos piernas, una peluca y un ojo de cristal, con destino al buen Williamson. Creo que todos saldríamos ganando algo: él quedaría muy presentable, la novia muy contenta y yo muy sa-

tisfecho de haber contribuido á la felicidad de dos seres que se aman.

Hecha la reconstrucción, que conceda mi comunicante á su adorado un plazo improrrogable de noventa días, con objeto de que se habitúe al uso de sus nuevas adquisiciones, y si en ese término Breckinridge no se deja los sesos en alguna parte, que se casen benditos de Dios.

Así, pues, apreciablesísima señorita, si su prometido cede aún á esa su tentación extraña de fracturarse algo cada vez que encuentra oportunidad favorable, su próxima experiencia le será seguramente fatal, y en tal caso quedará usted tranquila para siempre. Suponiendo que se hayan ustedes casado al ocurrir la catástrofe, heredará usted por derecho propio las piernas, los brazos y otras menudencias del difunto. Entonces, en realidad, sólo perdería usted el último trozo viviente de un marido honrado y desgraciadísimo que dedicó su vida á satisfacer incomprensibles instintos de destrucción. Intente usted la prueba, señorita. He meditado el asunto, y crea usted que es la única solución razonable. Claro es que Caruthers hubiera procedido cuerda-mente empezando por estrellarse los sesos. Pero, puesto que ha elegido otro sistema queriendo, sin duda, prolongarse todo lo posible, no tenemos derecho á mezclarnos en cuestiones íntimas. Saque usted el mejor partido de las circunstancias y piense que quizá está la felicidad conyugal en que uno de los consortes se encuentre como Breckinridge.

EL VENDEDOR DE ECOS

ME inspiró interés y simpatía, desde el primer instante, aquel hombre desconocido. En su actitud humilde, su mirada sin brillo y sus harapos con pretensiones de elegancia, existía algo misterioso que vino á despertar el último germen de piedad escondido en las vastas soledades de mi corazón. Al contemplarle con más detenimiento, vi que llevaba una enorme cartera bajo el brazo.

En seguida me dijo: «Tienes que habértelas con un comisionista. Dios tenga piedad de tí.»

Crucé mis piernas con filosófica resignación, le indiqué una silla y me dispuse á escuchar. He aquí lo que dijo:

«Caballero: perdí á mis padres cuando aún era un niño. Mi tío Ithuriel me llevó á su lado considerándome como á un hijo. El era mi único pariente en el mundo, y además, bueno, rico y generoso en demasía. Crecí en el lujo y abundancia. No tuve deseo que no viera satisfecho inmediatamente.

tisfecho de haber contribuido á la felicidad de dos seres que se aman.

Hecha la reconstrucción, que conceda mi comunicante á su adorado un plazo improrrogable de noventa días, con objeto de que se habitúe al uso de sus nuevas adquisiciones, y si en ese término Breckinridge no se deja los sesos en alguna parte, que se casen benditos de Dios.

Así, pues, apreciablesísima señorita, si su prometido cede aún á esa su tentación extraña de fracturarse algo cada vez que encuentra oportunidad favorable, su próxima experiencia le será seguramente fatal, y en tal caso quedará usted tranquila para siempre. Suponiendo que se hayan ustedes casado al ocurrir la catástrofe, heredará usted por derecho propio las piernas, los brazos y otras menudencias del difunto. Entonces, en realidad, sólo perdería usted el último trozo viviente de un marido honrado y desgraciadísimo que dedicó su vida á satisfacer incomprensibles instintos de destrucción. Intente usted la prueba, señorita. He meditado el asunto, y crea usted que es la única solución razonable. Claro es que Caruthers hubiera procedido cuerda-mente empezando por estrellarse los sesos. Pero, puesto que ha elegido otro sistema queriendo, sin duda, prolongarse todo lo posible, no tenemos derecho á mezclarnos en cuestiones íntimas. Saque usted el mejor partido de las circunstancias y piense que quizá está la felicidad conyugal en que uno de los consortes se encuentre como Breckinridge.

EL VENDEDOR DE ECOS

ME inspiró interés y simpatía, desde el primer instante, aquel hombre desconocido. En su actitud humilde, su mirada sin brillo y sus harapos con pretensiones de elegancia, existía algo misterioso que vino á despertar el último germen de piedad escondido en las vastas soledades de mi corazón. Al contemplarle con más detenimiento, vi que llevaba una enorme cartera bajo el brazo.

En seguida me dijo: «Tienes que habértelas con un comisionista. Dios tenga piedad de tí.»

Crucé mis piernas con filosófica resignación, le indiqué una silla y me dispuse á escuchar. He aquí lo que dijo:

«Caballero: perdí á mis padres cuando aún era un niño. Mi tío Ithuriel me llevó á su lado considerándome como á un hijo. El era mi único pariente en el mundo, y además, bueno, rico y generoso en demasía. Crecí en el lujo y abundancia. No tuve deseo que no viera satisfecho inmediatamente.

Concluí mi carrera, y con objeto de ver tierras, marché al extranjero acompañado de un mayordomo y dos sirvientes. Durante cuatro años mariposeé en los jardines maravillosos de lejanas playas, si permite usted el empleo de ciertas perifrasis á un hombre cuyo lenguaje siempre estuvo inspirado por la poesía. Hágolo, pues, en la seguridad de que también usted tiene algo de poeta. Se lo conozco en los ojos... Resplandece en ellos la chispa divina...

Pues bien: en esos países apartados, saboreé la deliciosa ambrosia que fecunda el alma, el pensamiento, el corazón. Más, lo que satisfizo de preferencia mis inclinaciones hacia lo bello, fué la costumbre, muy general entre las personas ricas del viejo mundo, de coleccionar curiosidades elegantes, nimiedades encantadoras. Di cuenta de estas observaciones á mi tío Ithuriel... ¡Maldita la hora en que se me ocurrió tan fatal pensamiento!

En una de mis cartas le hablé de un caballero londinense poseedor de maravillosa colección de caracoles marinos; en otra, de cierta estupenda colección de pipas de espuma de mar.

Le conté que un *gentleman* había logrado reunir una colección de manuscritos indescifrables; que había recreado mis ojos en la mejor colección de jarrones chinos existente; que un amigo mío guardaba como oro en paño todos los sellos usados que caían á su alcance, y que la colección valía ya una fortuna. Y así sucesivamente. Mis noticias dieron

pronto sus frutos. El opulento Ithuriel se hizo coleccionista; pero no un coleccionista pacífico, sino un buscador furibundo de todo lo coleccionable. Empezó por descuidar su negocio de compra-venta de cerdos; luego se retiró por completo del comercio, para poder dedicarse sin tregua á la caza de objetos curiosos. Su fortuna inmensa le permitía no pararse en barras. Su primera colección fué de cencerros, y por cierto, sin rival en las cinco partes del mundo. Ocupaba cinco salones, comprendiendo las diferentes clases de cencerros usados desde la Edad del bronce hasta nuestros días. La colección tenía un defecto: que faltaba para completarla un cencerro prehistórico importantísimo. Este picaro cencerro estaba en poder de un archimillonario neoyorquino. Mi tío ofreció sumas enormes por adquirirlo, pero fué inútil. Ya sabe usted la consecuencia necesaria. El coleccionista de pura sangre no concede importancia á una colección incompleta. Aunque su corazón salte en pedazos, vende su tesoro, y pone el pensamiento en otro campo de exploraciones que se encuentre todavía virgen.

Eso fué lo que hizo mi tío. Intentó formar colección de ladrillos históricos. Después de haber amontonado una cantidad inmensa de ellos (todos á cual más interesantes), se encontró con que un contratista inmensamente rico poseía el único ladrillo que faltaba á la valiosa colección de cascotes. Lejos de desalentarse Ithuriel, dedicó sus millones á reunir hachas de pedernal y otros objetos de

las primeras edades del hombre. Pero incidentalmente descubrió que una fábrica proveía á otros coleccionistas de cachivaches antdiluvianos; y en tan buenas condiciones económicas, que era estúpido el adquirirlos legítimos.

Buscó entonces, gastando centenares de miles de dollars, inscripciones aztecas y ballenas disecadas. Cuando ya creía su colección completa, llegó á los Estados Unidos un ballenato rarísimo de los mares de Groelandia, y una inscripción azteca del Condurado en la América Central. No hay que decir que ambas curiosidades anulaban en absoluto la colección de mi tío. Este llevó á cabo enormes sacrificios pecuniarios para conquistar las dos maravillas. Pudo conseguir la ballena; en cambio se le escapó la inscripción, que fué á parar á un Museo. El infeliz Ithuriel vendió sus ya insignificantes colecciones y se abandonó á la más negra de las misantropías. En una sola noche, su negra cabellera emblanqueció hasta rivalizar con las cumbres de los Andes.

Pero Ithuriel era tozudo. Cuando salió de sus meditaciones fué para intentar una nueva experiencia. Y lo que decidió fué coleccionar algo que no hubiera sido coleccionado nunca... Algo nuevo y sorprendente, que dejase pasmada á la humanidad. Mi tío se hizo coleccionista de ecos.

Su primera compra fué un eco de Georgia que repetía cuatro veces. Luego adquirió un eco séxtuple, existente en el Maryland. En seguida, un eco

del Tennessee, estupendo verdaderamente... ¡Calcule usted! Daba trece golpes... A pesar de su mérito extraordinario, lo compró baratísimo, porque necesitaba algunas reparaciones. Habíase venido abajo parte de la roca que reflejaba el sonido. Creyó mi tío que la compostura no le costaría más de 50.000 dollars, y que aún era fácil conseguir, elevando algunos metros la montaña, que el eco repitiese tres veces más. Tuvo el pobre una decepción, porque el arquitecto encargado de los trabajos, ignorando sin duda las precauciones que exige la reparación de un eco, llegó á hacerle callar para siempre. Antes de caer el eco en manos de la ciencia hablaba más que una comadre; luego, sólo fué ya bueno para asilo de sordo-mudos.

Muy bien. El insigne Ithuriel compró en seguida, por cuatro cuartos, un lote de ecos dobles diseminados en varios territorios. Andando el tiempo se le presentó oportunidad de hacerse con el mejor eco del mundo: un eco del Oregón, acerca de cuyos méritos se dará usted idea si se digna escucharme con paciencia. Sepa usted, caballero, que en el mercado de ecos, la escala de precios es acumulativa, ó si se quiere mejor, ascendente, como acontece respecto de los carates en los diamantes. En efecto; nosotros nos servimos de los mismos términos. Así, por ejemplo, un eco de un carate no vale más que 10 dollars, sobre el precio del suelo en que se halla; un eco de dos carates ó de dos repeticiones, vale 30 dollars; uno de cinco carates, 950 do-

llars; uno de 10 carates, 13.000 dollars. Bueno; pues el eco del Oregón, llamado por mi tío el Eco de Castelar, en recuerdo del gran orador español, era una piedra preciosa de 22 carates. Le costó, por tanto, la friolera de 216.000 dollars, El terreno lo adquirió por nada, debido á encontrarse á 800 kilómetros del pueblo más próximo.

Hasta entonces, había yo caminado por un sendero de flores. Para colmo de dichas era el adorador predilecto de una hermosa joven, hija única de cierto potentado inglés. Un día llegué á ser el dueño absoluto del corazón de la bella. Me amó con la misma intensidad con que yo la amaba. Cuando la veía antojábaseme estar sumergido en un océano de delicias.

La familia de mi novia no veía con malos ojos aquellos devaneos, sin duda por constarle que yo era único heredero de un tío valorado en 5 millones de duros. Todo marchaba, pues, admirablemente, al parecer. Y digo esto, porque tanto mis suegros *in partibus*, como la niña y como yo, ignorábamos que mi tío Ithuriel practicaba el coleccionismo en grado tan monstruoso.

Por entonces fué cuando comenzaron á amontonarse las nubes sobre mi cabeza inconsciente del peligro.

No sé quién descubrió ese eco sin par, conocido desde aquella época con el nombre de «Gran Koh-i-noor del sonido»; el eco prodigioso de 66 carates, que repite cualquier palabra por larga y en

revesada que sea, durante quince minutos... Creo inútil decirle que el primer aspirante á su propiedad fué Ithuriel.

Teníase ya por dueño de la incomparable montaña de eco permanente, cuando he aquí que surge otro licitador. La propiedad en que radicaba el eco se componía de dos montículos y un valle, enclavados en un paraje desierto y á muchos centenares de kilómetros de Nueva York.

Los dos compradores se personaron en el terreno simultáneamente, ignorando la presencia del competidor. Por desgracia, el eco no pertenecía á un solo dueño. La colina de Oriente era propiedad de un tal Wiliamson Bolivar Tarvis; la opuesta eminencia formaba parte de los bienes de Harbison T. Bledro. El valle intermedio servía de límite á las dos propiedades. Así, mientras mi tío compraba la colina de Tarvis en 3.235.000 dollars, el otro adquiría la de Bledro en poco más de 3 millones.

Ya adivinará usted el resultado. La colección de ecos más hermosa de la tierra iba á quedar incompleta para siempre, puesto que sólo le correspondía á mi tío la mitad del rey de los ecos. Ninguno de los dos competidores quería soltar su colina, ni se amoldaba á compartir la propiedad del eco. Hubo pues, disputas, rechinchamientos de dientes, odios cordiales... Para terminar: el adversario de mi tío, procediendo con esa mala intención de que sólo es capaz un coleccionista, empezó á derribar su colina.

Lo que él decía: «Desde el momento en que no

puedo tener el eco para mí solo, es necesario que nadie lo posea.»

Y aquel hombre sin entrañas empezó su siniestra obra, demoliendo poco á poco el montículo, reflector del sonido. Mi tío creyó morir de pena. A sus ruegos contestaba el implacable rival: «La mitad del eco es mía. Me place suprimirla. Arreglese usted como pueda para conservar la mitad que le corresponde.»

El desgraciado Ithurriel acudió á los tribunales; el otro procedió en la misma forma. En suma: que el pleito llegó á ventilarse en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Los informes de los jueces maldito si aclararon el asunto. Dos de los magistrados opinaron que el eco podía considerarse propiedad personal, porque no era visible ni tangible, y que, por consecuencia, podía ser vendido, comprado, y sujeto á contribución. Otros dos jueces pensaron que el eco era cosa inmueble, puesto que evidentemente no podía ser separado del terreno, ni ser transportado á voluntad. Los restantes jueces fueron de parecer que el eco no podía ser objeto de ninguna clase de propiedad.

Con objeto de acabar de una vez, falló el supremo tribunal que el eco era propiedad; que las colinas eran también propiedad; que los dos coleccionistas eran legítimos poseedores, distintos é independientes de ambas colinas; pero que con todo ello, el eco era propiedad indivisa. Por lo cual, uno de los propietarios tenía perfecto derecho á demo-

ler su colina, puesto que le pertenecía, si bien debía pagar una indemnización, calculada sobre la base de 3.000.000 de dollars, para resarcir á la parte contraria de los desperfectos que pudiera sufrir en la mitad de su eco. La sentencia prohibía igualmente á cualquiera de los litigantes hacer uso de la colina opuesta para reflejar el sonido, sin la debida autorización de la parte contraria. En principio, cada propietario sólo debía servirse de su colina propia. Si el semi-eco no satisfacía á los pleiteantes, era ésta una circunstancia que apenaba á los jueces; pero según declaraban en uno de los considerandos, les era imposible remediarla dentro de las inflexibles prescripciones de la ley. Total: la contienda quedó en el mismo estado que antes. Ni mi tío ni su antagonista dieron su brazo á torcer. Y así fué como dejó de hacer oír su voz grandiosa el «Eco de Castelar». La inestimable propiedad no valió desde entonces un puñado de dollars.

Una semana antes de celebrarse mi boda, mientras yo continuaba sumergido en el océano de delicias, y se disponía ya á asistir á la ceremonia la flor de la nobleza británica, llegó la noticia del fallecimiento de mi tío y una copia del testamento en que me instituía su heredero universal. Empañados mis ojos por las lágrimas, fuéme imposible leer el documento. El padre de mi prometida estaba allí para evitarme tan dolorosa prueba... Examinó en brevísimos instantes la vulgar prosa notarial, y luego me dijo en tono severo: «Y esto,

amigo mío, es lo que usted llama ser rico? Puede que así lo estimen en su vanidoso país. Sepa usted que por toda herencia tiene hoy una vasta colección de ecos, si se debe llamar colección á un conjunto de cosas repartidas por toda la superficie del continente americano. Y no es esto lo peor, sino que su tío le deja otra hermosa colección de deudas, tantas quizá como ecos; á hipoteca por eco. Lamento lo que sucede; pero crea usted que el amor que profesó á mi hija me impide casarla con un hombre que se encuentra en la situación de usted. Si siquiera fuese usted dueño absoluto de un eco donde poder retirarse con su esposa, y allí á fuerza de perseverancia y de cultivar pacientemente la tierra, hacer valer el terreno y conquistarse una posición, crea usted que no vacilaría en entregarle mi hija. Yo no puedo unir su suerte á la de un mendigo. Tenga usted sus ecos hipotecados y váyase con la música á otra parte.»

Mi adorada Celestina—porque ella llevaba ese dulce nombre—abrazábame nerviosamente y decía que quería ser mi esposa, con ó sin eco.

Aquel padre inexorable cometió la crueldad de separarnos... Celestina murió al poco tiempo, y yo no me he muerto por verdadero milagro....

Véame usted ahora, caballero: sólo, errante, adolorido, implorando á diario de la misericordia del Todopoderoso, que me reuna pronto con Celestina... ¡Dios no me oye! Ahora, si tiene usted la amabilidad de echar una ojeada á los mapas y planos

existentes ahí, en el fondo de esa cartera, estoy seguro de que comprará alguno de los ecos que llevo en venta. Los doy por un pedazo de pan. Como usted ve, los realizo en saldo. He aquí uno que costó á mi tío 10 dollars hace 30 años. Yo se lo cedo por...»

—Permitame usted que le interrumpa—dijo al singular comerciante.—Hasta ahora los comisionistas han sido mis más tenaces perseguidores. Ellos me han obligado á comprar una máquina de coser; un mapa lleno de errores; un timbre que no suena; venenos para las ratas, que han resultado inofensivos, y, en fin, una multitud de cosas inútiles ó molestas. Ya estoy harto de comisionistas. No quiero ecos, ni aunque me los dé usted regalados. ¡Cualquier día aguanto yo un eco en mi casa, sobre todo en momentos de mal humor! ¿Ve usted ese fusil? Pues bien; no le digo más. Evíteme usted un día de luto. No se empeñe en que sea yo el que le reuna con Celestina....

El original comisionista se limitó á sonreír dulcemente, mirándome con amarga tristeza, y sin darse por entendido, entró en nuevos detalles sobre sus ecos. Conocía su profesión.

Al cabo de una hora de suplicio, transigí. Le compré un par de ecos dobles, en buenas condiciones. Como regalo me entregó un tercer eco, entre nosotros de difícil salida: no hablaba más que alemán... Díjome el comisionista que en un principio se trataba de un eco poliglota; pero, según parece, concluyó por perder la bóveda palatina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOCHE DE INSOMNIO

A las diez estábamos en la cama, porque debíamos levantarnos de madrugada para continuar nuestro viaje de regreso a los patrios lares. Yo me encontraba cansadísimo y con verdaderos deseos de entregarme al sueño. Sin embargo, mi amigo Harris se durmió antes que yo. He ahí un acto que, sin ser precisamente insulto, me pareció desatención del todo intolerable. Reflexionando sobre esta injuria, intenté dormirme. Imposible; cuanto más esfuerzos realizaba, para cerrar los párpados, más desvelado me sentía. Resolví meditar tristemente en la obscuridad, sin otra compañía que una cena mal digerida.

Mi espíritu empezó a flotar de un modo impreciso en el agitado mar de las ideas; luego se hicieron más concretas sus abstracciones, y observé ya, francamente, la génesis de todos los problemas que han sido objeto de estudio entre los humanos... Y ¡cosa singular! jamás lograba salir de la génesis... Ape-

nas desfloraba aquél, con sus alas sutiles, el objeto de meditación, y ya partía en busca de nuevas especulaciones. Al cabo de una hora, mi cabeza era una olla de grillos; encontrábame sin fuerzas y abatido, cual si hubiera pasado una enfermedad.

La fatiga llegó á ser extrema, no tardando en convertirse en atroz excitación nerviosa. Creía hallarme despierto, y en realidad, invadíame profundo sopor; algo así como un estado de inconsciencia momentánea del que me sacaban de vez en cuando terribles sacudimientos, capaces por su violencia de desencajar las articulaciones. Aquello era muy raro: la impresión de una caída en espantoso precipicio...

Después de haber rodado hasta el fondo de ocho ó diez abismos, y de haber advertido que la mitad de mi cerebro se despertaba un número infinito de veces, mientras que la otra mitad dormía, el amorramiento fué extendiendo poco á poco su influencia sobre una gran parte de mi territorio cerebral. Caí en somnolencia cada vez más profunda, que estaba sin duda á punto de transformarse en sólido y benéfico estupor, cuando... ¡cielos! ¿Qué era lo que ocurría?

Mis ya oscurecidas facultades volvieron al estado consciente y adoptaron una actitud receptiva. Desde muy lejos, quizá desde una distancia inmensa, ilimitada, llegaba hasta mí una cosa que crecía, crecía y se aproximaba: una cosa que bien pronto pude reconocer por un sonido. Al principio, aque-

llo parecía más bien una ilusión. Ahora, sí, no cabía duda, era un ruido. ¿Donde? Acaso á un kilómetro ó dos de distancia... El rumor de la tempestad quizá... Y se acercaba gradualmente, y al acercarse ya no semejaba el fragor de la tormenta, sino el resoplido de una máquina de vapor. No; tampoco. Escuché de nuevo. El ruido estaba á diez centímetros de mi cama... Era, sencillamente, un minúsculo ratón entregado á las delicias gastronómicas; un vil roedor, cincelando con sus agudos dienteillos las molduras de la mesa de noche. ¡Por una bagatela semejante había yo estado reteniendo largo tiempo la respiración!...

Bueno. Lo hecho estaba hecho y no había remedio alguno. Traté de dormirme y de ganar el tiempo perdido. ¡Vano empeño! Sin quererlo, sin darme cuenta casi, torné á escuchar el desagradable *ris-ris*; y no sólo á escucharlo, sino á contar maquinalmente los golpes de cincel de mi abominable ratón. Este entretenimiento llegó á convertirse en un malestar y una angustia infinita. Y aún hubiera soportado la penosa impresión de ser continua la labor del ratoncillo... Pero no; el nocturno artista trabajaba á ratos, suspendía de improviso sus ralladuras y volvía á empezar con más bríos. Aquellos intermedios hacíanme sufrir mucho más que el concierto. De ser posible hubiera dado 5, 7, 10 dollars, por verme libre de la espantosa tortura... Dándole vueltas al pensamiento, concluí ofreciendo sumas fantásticas por lo enormes y desde luego en abso-

luta desproporción con mi fortuna. Adopté un partido heroico: doblé concienzudamente los pabellones de mis orejas, obligándoles á plegarse cinco ó seis veces, y los oprimí con fuerza contra el conducto auditivo. Tampoco dió esto resultado. Mi sensibilidad estaba en tal punto de excitación, que parecía poseer en cada oído un potente micrófono. Oía á través de los pliegues sin la menor dificultad.

La desesperación trocóse en frenesí. Por último, hice lo que todo el mundo ha hecho en casos semejantes desde los tiempos de Adán. Decidí tirar al suelo un objeto. Exploré á tientas las inmediaciones del lecho, y ¡oh agradable encuentro!, allí estaban mis gruesos zapatones de campo. Sentado en la cama, y en la actitud meditabunda de un general en vísperas de la batalla, traté de adivinar la situación del ruido del modo más exacto posible. No me fué posible conseguirlo. El *ris ris* era tan difícil de precisar como el canto de un grillo. ¿Detrás? ¿Delante? ¿Al lado derecho? ¿Al lado izquierdo? Cansado de tanteos arrojé el zapato en una dirección cualquiera, yendo aquel á dar, primero en la pared y luego encima del buen Harris, que dormía á pierna suelta. Nunca hubiera supuesto en mi proyectil improvisado un tan pasmoso alcance. Pedí á Harris mil perdones; volvió éste á coger el sueño, y después de dar unas vueltas en la cama, me estiré con voluptuosidad, creyendo llegado el instante de entablar relaciones con Morfeo ¡Pero, sí, sí! ¿Es que no estaba allá en un rincón mi implacable ene-

migo, dispuesto á trastornarme todos los planes? Al advertir su desvergüenza, no fui dueño de contenerme: cogí otro zapato y ¡zas! lo disparé en otra dirección, consiguiendo hacer añicos un espejo de los dos que había en el gabinete. Claro es que elegí el mayor. Harris se despertó al estruendo, y sin proferir una palabra de censura volvió á dormirse. Aquella resignación me llenó de pena; tanto, que resolví sufrir todas las torturas humanas antes que despertarle una tercera vez.

El ratoncillo se alejó, comenzaron á embotarse mis sentidos, y ya me invadía ese estado de beatitud precursor del sueño, cuando hete aquí que se le ocurre al reloj de un edificio vecino empezar su lenta y acompasada sonata de horas. Conté una, dos... once, doce. ¡Muy bien!... A dormir... No había caso: otro reloj de las inmediaciones imitó la conducta de su colega. Volví á contar una, dos... once, doce. ¡Muy divertido!... Llegó el turno al monumental reloj del Municipio; una estupenda obra de algún artífice suizo, que adornaba las horas con bellísimos acordes de trompetas y clarines. Jamás había oído notas más misteriosas, más suaves, más sublimes. Lo malo era que el concertante se repetía cada quince minutos. Encontré la cosa algo exagerada. Me adormecía por breves momentos, y vuelta otra vez el mundo de la realidad. Cada vez que me despertaba, deslizábase un poco más la manta en su progresivo descenso hacia el suelo. Hacía yo esfuerzos inauditos para no destaparme.

Tengo mucho miedo á los catarros.

Acabé por renunciar á toda esperanza de sueño. Debí reconocer que me encontraba decidida y desesperadamente desvelado, muy desvelado, y además con fiebre y con sed. Aún trascurrieron algunos minutos antes de que me resolviese á levantarme, á vestirme, á salir de la fonda y á darme un baño en la gran fuente de la plaza. Me eché de la cama dispuesto á poner por obra el excelente proyecto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Después de tonificar los nervios con la ablución, esperaré la luz de la mañana fumando y soñando...

Creía ¡inocente de mí! poder vestirme en la obscuridad, sin despertar á Harris. Por de pronto noté que había desterrado mis zapatos al país de los ratones... No importaba; para un paseo nocturno bastaría con las zapatillas... Me levanté sin hacer el más leve ruido, y fui encontrando gradualmente toda mi ropa, salvo un calcetín. En cualquiera otra circunstancia hubiera despreciado al calcetín recalcitrante, pero aquella noche estaba ya nervioso, y me irritaba esta contrariedad. Palpé, busqué, tanteé... Nada, no me fué posible dar con su paradero. Me puse á gatas y avancé á tientas, llevando una zapatilla puesta y la otra en la mano; ensanché el círculo de mis investigaciones, y noté con sorpresa dolorosa que el calcetín no parecía por ninguna parte. Cada vez que apoyaba la rodilla en tierra era un crujir de maderas verdaderamente horrisono. Y si por casualidad tropezaba con algún

mueble, parecíame el ruido de la colisión treinta y cinco ó treinta y seis veces mayor que en pleno día. Después de cada choque deteníame unos minutos, conteniendo la respiración. ¡Qué hubiera dicho Harris si lo hubiera despertado con mi ridícula manía de encontrar el calcetín! Pero no era cosa de que el tal calcetincito se saliera con la suya. Por aquí... no...; por allá... nada; ni rastro. En todas partes muebles, no más que muebles. ¡Nunca hubiera creído que aquella habitación poseyera tan abundante mobiliario! ¡Qué asombro! ¡Sillas por todas partes! Sin duda, alguna familia se había mudado de improviso á aquel gabinete. Lo más gracioso era que jamás descubría uno de los endiablados estorbos á tiempo de evitar el choque; el encuentro era siempre brutal, de lleno y en plena cabeza. Mi irritación iba aumentando por puntos, y mientras viajaba en pos del calcetín, empecé á hacer reflexiones algo inconvenientes... En el paroxismo de la ira lancé un voto y decidí salir á la calle con un pie desnudo, puesto que el hado se empeñaba en ello. Continué mis exploraciones, si bien con un objeto diferente. ¿Hacia donde caería la puerta? Cuando ya creía estar perfectamente orientado, ví reflejarse mi imagen oscura y espectral en el espejo que había quedado sano. Esta contemplación dejome sin aliento, probándome, además, que estaba perdido y sin sospechar siquiera donde podría encontrarme. Preso de mortal congoja, me dejé caer sobre el suelo pesadamente,

aún a riesgo de hundir la endeble armazón de madera que debía sustentarlo. De haber sólo un espejo no cabe duda que me hubiera orientado con facilidad. Pero desde el momento en que se le había ocurrido al fondista poner dos, era cual si el gabinete tuviera las paredes cubiertas de espejos. ¡Y con qué encantadora simetría estaban colocadas las lunas en los dos muros opuestos! Yo distinguía de un modo confuso un vago resplandor filtrándose á través de las ventanas; mas en la situación que me habían puesto mis vueltas y revueltas, antojábase me que las tales ventanas se hallaban precisamente en el sitio en que no debían encontrarse, y por esta razón crecían mis confusiones en vez de desvanecerse.

Hice un movimiento para erguirme y dejé caer un paraguas. Su choque con el suelo, duro y sonoro como un toque de tambor, produjo el ruido de un pistoletazo. Rechiné los dientes y contuve la respiración. Por fortuna, Harris continuaba sin dar señales de vida. Levanté con dulzura el paraguas, y adoptando todo género de precauciones lo apoyé contra la pared. Mas apenas había retirado la mano resbaló el artefacto y volvió á dar en el suelo, haciendo aún mayor estrépito que la primera vez. Con cuidado escrupuloso, aunque en el fondo se me pasaban ganas de hacer trizas el rebelde paraguas, lo recogí, lo coloqué de pie, y... ¡aún me parece oír el estampido de la tercera caída! tan espantable fué...

Declaro que he recibido una educación excelente. Con todo, y de no reinar en el cuarto aquella sombría, solemne é imponente tranquilidad, acaso hubiera proferido este humilde siervo del Señor una de esas palabras que no pueden ser estampadas en los libros de oraciones sin comprometer seriamente la venta. En la plenitud de mis facultades mentales, quizá, quizá, no hubiera dejado de entablar con el paraguas una lucha á brazo partido, hasta conseguir ponerlo derecho, aun teniendo en mi desventaja uno de esos pavimentos de madera deliciosamente resbaladizos. Porque he de reconocer que la susodicha operación me ha fallado en pleno día, de diez veces lo menos cinco.

En medio de mi desaliento consolábame pensar que el pobre Harris dormía como un bienaventurado.

En realidad, el paraguas no podía proporcionarme ninguna indicación local, por la razón de que existían cuatro en el gabinete, y todos parecidos. Ocurrióseme que sería práctico seguir á tientas un paseo hasta tropezar con la puerta. Llevé á cabo los primeros ensayos y descolgué un cuadro. Creo que se trataba de una tablita de género; pero la verdad es que hizo tanto sonido como un panorama. Harris no se movió siquiera; no obstante, comprendí que otra catástrofe pictórica le despertaría seguramente. Valía más renunciar á la salida. Lo acertado era encontrar en medio de la habitación la mesa redonda del rey Arturo; la había tropeza-

do muchas veces en mis exploraciones. Esto es, aquella mesa me serviría de punto de partida en mi viaje hacia la cama. Porque yo pensaba que de descubrir el lecho, daría con la mesa de noche, y de hallar la mesa de noche, era casi seguro que se había de posar mi mano sobre la botella de agua. Calmaría la sed que me abrasaba, y luego á dormir lo que restara de noche.

A fin de ganar tiempo, me puse de nuevo á gatas y emprendí veloz carrera. Tras de algunos escorrones hallé la mesa; púseme en pie y luego de frotarme un poco la frente comencé mi movimiento de avance, extendiendo los brazos y estirando los dedos, con objeto de mantener el equilibrio. Tropecé con una silla, con la pared, con otra silla, con un sofá, con una percha, y por último, con otro sofá. Esta serie de encuentros me turbó un poco, pues nunca creí que existiera más de un sofá en el malhadado gabinete. Regresé á la mesa con propósito de orientarme de nuevo, no sin derribar seis ó siete sillas más. Sucedió, sin embargo, que siendo redonda la mesa, no podía ser de ningún valor como base para un viaje de exploración.

La abandoné de nuevo y marché á la ventura á través de un hormiguero de sillas y de sofás... Vagando por los países desconocidos, hice añicos un candelabro de la chimenea. Mientras buscaba el candelabro, ó mejor dicho, sus restos, me volqué encima el jarro de agua que se encontraba sobre el lavabo, precisamente al lado de mi cama y á

medio metro de la de Harris. «¡Al fin!—dije lleno de gozo.—Al fin te encuentro querida patria...»

Estas naturales exclamaciones fueron interrumpidas por exténtóreas voces de ¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Al ladrón!... Era Harris que despertaba agradablemente sorprendido en su sueño por aquella catarata.

El insólito ruido puso en movimiento á todo el personal de la fonda. El Sr. X. entró precipitadamente llevando en sus manos una bujía; luego el joven Z. con otra bujía, y por último, una procesión interminable de criados y camareras, cada cual con su respectiva bujía.

Miré en torno mío. Encontrábame cerca de la cama de Harris, á un día de jornada de mi lecho. No había más que un sofá apoyado contra la pared. No existía más que una silla al alcance de mi mano; sin duda estuve dando vueltas en rededor de ella toda la noche.

¡Qué prodigios obra el pícaro insomnio, cuando se complica con cierta torpeza nativa para andar á oscuras!

Explicué á mis vecinos lo ocurrido y por qué me había ocurrido. Riéronse, y Harris y yo empezamos á prepararnos el desayuno; estaba amaneciendo. Por curiosidad consulté mi podómetro y observé que durante mi excursión nocturna había recorrido ochenta y siete kilómetros. Me consolé pensando en que, después de todo, realicé mi propósito de dar un paseo y de tomar un baño...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

Historia del niño malo.

ÉRASE un niño muy malo que se llamaba Jim. En los libros de las escuelas dominicales los niños malos se llaman casi siempre James. Es caso extraño, aunque inexplicable. No importa, nuestro héroe se llamaba Jim.

No tenía éste una madre enferma, una pobre madre piadosa y tísica, que hubiera deseado bajar á la tumba para huir de las penas de este mundo, de no impedírsele el gran cariño que profesaba á su hijo y el temor de dejarlo abandonado á las peligrosas asechanzas de la sociedad. Todos los niños malos que figuran en los libros de las escuelas dominicales, además de llamarse James, tienen una madre enferma que les repasa las lecciones, que les canta al pie de la cuna con voz dulce y quejumbrosa, que les besa en la frente al darles las «buenas noches» y que se arrodilla mientras ellos duermen para elevar sus oraciones al Todopoderoso.

Nada de esto ocurría á nuestro niño. Se llamaba Jim, como ya hemos dicho, y sobre llamarse Jim, tenía una madre sana, robusta y nada piadosa, á quien maldito si le preocupaba su tierno vástago. Era muy común oírle decir perrerías del hijo; enviábale á acostar propinándole un par de azotes; no le daba jamás un beso ni le dió nunca las «buenas noches» sino acompañadas de un fuerte resregón de orejas.

Pues, señor, un día Jim sustrajo las llaves de la despensa, se comió el contenido de un tarro de jalea y reemplazó el dulce por un poco de alquitrán, con objeto de que su mamá no echase de ver el fraude. En aquel instante no habló en el muchacho la conciencia, diciéndole con su voz acusadora: «¡Desobedeciste á tu madre! ¡Cometiste un pecado y Dios te castigará! ¡Los niños que son víctimas de su glotonería van derechitos al infierno!...» Ni arrepentido Jim en lo más mínimo tuvo por qué postrarse de hinojos, haciendo formal promesa de ser bueno en lo sucesivo, ni por qué ir después, alegre y parlero, á contar á su mamá lo ocurrido y á pedirle humildemente perdón: un perdón otorgado con lágrimas de ternura y acogido con sonrisas de agradecimiento.

No; todo eso es muy bonito, y así acontece, por regla general, en los libros de las escuelas dominicales. Pero en el caso de Jim, sucedió algo muy diferente. El picaruelo se comió la jalea, celebró su travesura, se relamió los labios, diciendo con el

mayor cinismo «esto me gusta», y pensó con delicia en el berrinche de su señora madre cuando descubriese la hazaña.

Es más; llegado el instante de comparecer ante la autoridad materna, Jim negó con la obstinación de un vulgar delincuente; le propinaron una paliza, y siguió negando y chillando, hasta que hartándose de sacudir, la mala madre dejó en paz al mal hijo. Estaba escrito, sin duda, que todo había de pasar á la inversa que en los libros.

Otro día, Jim, se encaramó en el manzano del vecino Sr. Acorn con el propósito de robarle sus más hermosos frutos. Y, ni se partió la rama del árbol, ni se cayó al suelo el niño, ni se rompió un brazo, ni se desgarró los pantalones, ni tuvo que habérselas con el perrazo del jardinero, ni guardó cama durante varios días para curarse de las heridas, ni se arrepintió, en fin, de sus travesuras. Por el contrario, Jim, se apropió las manzanas más gordas y bajó del árbol sin dificultades de ningún género. Y aunque el perro del jardinero intentó cortar la retirada al ladronzuelo, tuvo que alejarse con el rabo entre piernas y un ladrillazo en los ijares. Que Jim, aunque malo, era un muchachito previsor. Díganme ustedes ahora, con la mayor sinceridad, si han leído un caso semejante en esos encantadores libritos, encuadernados primorosamente y en cuya cubierta aparecen dos ó tres caballeros de frac y sombrero de copa y otras tantas damas con capota y miriñaque, repartiendo premios á una in-

terminable serie de niños de pelo rizado y mejillas como tomates. Oigo su contestación negativa y prosigo.

El tal Jim, quitó en una ocasión el cortaplumas al maestro de escuela, y para eludir el castigo, escondió el objeto sustraído en la gorra de Jorge Wilson, el hijo de la noble viuda Wilson, un niño ejemplar que jamás desobedecía á su madre, que nunca manchó sus labios con la mentira, que era aplicadísimo y que maravillaba á todo el mundo por su comportamiento.

Cuando el cortaplumas cayó de la gorrilla al suelo, y el pobre Jorge, avergonzado, inclinó la cabeza, después de enrojecer como si le hubieran sorprendido en alguna mala acción; cuando ya se alzaban sobre sus espaldas las disciplinas vengadoras, no apareció, no, en el umbral de la sala la noble figura del juez de paz, interrumpiendo en el acto el suplicio. Ni el digno magistrado pronunció las sacramentales palabras de «Os prohibo tocar á ese niño. Sé que es inocente y el verdadero culpable es otro. Y lo sé porque casualmente pasaba por la puerta del colegio y lo he visto todo y lo he oído todo.»

Jim no fué desenmascarado, el venerable juez se abstuvo de hacer su aparición, quedó sin recompensa la virtud y el delito sin castigo. Dieron una buena felpa al escolar modelo en presencia del niño malo, quien, dicho sea en honor de la verdad, experimentó singular gozo contemplando la tre-

menda cachetina, pues siempre le habían cargado extraordinariamente los chicos angelicales, y la moral quedó hollada y vilipendiada del modo más completo posible. ¡Pícaro mundo!

En cierta ocasión antojósele á Jim escaparse de la escuela, bajar al río, desatar la lancha de un pescador y darse un paseo fluvial. No sabía remar. No se ahogó. Otra vez fué sorprendido por la tempestad mientras ¡oh, acción nefanda! se dedicaba á pescar truchas en día festivo, y sin embargo, le respetó el rayo. Invito á usted á examinar desde ahora hasta fin de año cuantos libros se han escrito con destino á las escuelas dominicales, á ver si encuentran algo por el estilo. Allí leerán, invariablemente, que los niños malos que se pasean en lancha los domingos ó que pescan en día festivo, ó se van á pique, sueltos ó en grupos, ó son pulverizados por la cólera celeste. Cómo y por qué logró escapar Jim de la justicia divina, es y sigue siendo para mí un misterio impenetrable.

En realidad, había en la existencia de Jim algo que semejaba á mágico encantamiento. Tal era, indudablemente, la razón de sus casi milagrosas bienandanzas. El muchacho aquél tenía sobre su cuerpo una tercia lo menos de la piel de Satanás! Vayan unas cuantas diabluras más para terminar el cuento. Sépase que un día engañó al elefante de una colección de fieras, alargándole un paquete de tabaco en vez de un mendrugo de pan. El paquidermo, lejos de enfadarse, acarició al chicuelo con

la trompa. Cierta noche penetró á obscuras en la despensa donde había dos botellas iguales; una de anisete y otra con vitriolo. Jim cogió á tientas la que mejor le pareció, satisfizo su sed, apurando un buen trago de anisete, y dejó intacto el vitriolo. Cuando ya era grandecito se apoderó de la escopeta de su papá, y dirigiéndose al bosque mató una docena de pájaros, sin que el arma hiciera explosión en sus manos inexpertas. Siendo niño dió tal puñetazo en la sien á su hermano, que á poco no se reproduce el drama de Caín y Abel. El hermano se lavó la contusión con agua y vinagre, perdonó á Jim, y todo quedó como si tal cosa. Llegado á su adolescencia huyó de su casa, estuvo ausente varios años, y al regreso, ni encontró el hogar en ruinas, ni á sus viejos padres llorando la ausencia del hijo querido y olvidadizo. Antes por el contrario, el techo materno estaba más firme que nunca y los progenitores más firmes que el techo.

Conclusión: Jim se casó, tuvo muchos hijos, cometió un número infinito de tropelías, se enriqueció robando á todo el mundo y no hubo vicio que no practicara con vergonzosa frecuencia. Fué el terror de su pueblo, y á pesar de todo, hoy disfruta del respeto de sus conciudadanos y representa á su país en el Parlamento.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Historia del niño bueno.

ERASE un niño muy bueno que se llamaba Jacob Blivens. Obedecía siempre á sus padres, por absurdos é irracionales que fueran los mandatos. Estudiaba á conciencia sus lecciones y jamás se dió el caso de que llegara tarde á la escuela dominical. Nunca se le vió jugar al *croquet*, ni aun á aquellas horas en que su austero juicio le decía que debía entregarse al recreo. No mentía, ni aun por casualidad, aunque el mentir pudiera reportarle provecho: creíalo un pecado y se abstenía de cometerlo. En suma, era tan honesto, que ya casi rayaba en tonto. Ni descalabraba á sus amiguitos, ni cogía nidos, ni echaba la zancadilla á las personas ancianas para darse el gusto de verlas caer, ni hacía nada, en fin, de lo que suelen ejecutar los muchachos para distraer sus ocios de un modo razonable y culto.

No pudiendo explicarse los compañeros de Jacob Blivens la razón de su especialísima manera de

28880

la trompa. Cierta noche penetró á obscuras en la despensa donde había dos botellas iguales; una de anisete y otra con vitriolo. Jim cogió á tientas la que mejor le pareció, satisfizo su sed, apurando un buen trago de anisete, y dejó intacto el vitriolo. Cuando ya era grandecito se apoderó de la escopeta de su papá, y dirigiéndose al bosque mató una docena de pájaros, sin que el arma hiciera explosión en sus manos inexpertas. Siendo niño dió tal puñetazo en la sien á su hermano, que á poco no se reproduce el drama de Caín y Abel. El hermano se lavó la contusión con agua y vinagre, perdonó á Jim, y todo quedó como si tal cosa. Llegado á su adolescencia huyó de su casa, estuvo ausente varios años, y al regreso, ni encontró el hogar en ruinas, ni á sus viejos padres llorando la ausencia del hijo querido y olvidadizo. Antes por el contrario, el techo materno estaba más firme que nunca y los progenitores más firmes que el techo.

Conclusión: Jim se casó, tuvo muchos hijos, cometió un número infinito de tropelías, se enriqueció robando á todo el mundo y no hubo vicio que no practicara con vergonzosa frecuencia. Fué el terror de su pueblo, y á pesar de todo, hoy disfruta del respeto de sus conciudadanos y representa á su país en el Parlamento.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Historia del niño bueno.

ERASE un niño muy bueno que se llamaba Jacob Blivens. Obedecía siempre á sus padres, por absurdos é irracionales que fueran los mandatos. Estudiaba á conciencia sus lecciones y jamás se dió el caso de que llegara tarde á la escuela dominical. Nunca se le vió jugar al *croquet*, ni aun á aquellas horas en que su austero juicio le decía que debía entregarse al recreo. No mentía, ni aun por casualidad, aunque el mentir pudiera reportarle provecho: creíalo un pecado y se abstenía de cometerlo. En suma, era tan honesto, que ya casi rayaba en tonto. Ni descalabraba á sus amiguitos, ni cogía nidos, ni echaba la zancadilla á las personas ancianas para darse el gusto de verlas caer, ni hacía nada, en fin, de lo que suelen ejecutar los muchachos para distraer sus ocios de un modo razonable y culto.

No pudiendo explicarse los compañeros de Jacob Blivens la razón de su especialísima manera de

28880

ser, le tuvieron por enfermo. Dos ó tres de los más grandullones creyeron necesario protegerle.

Nuestro héroe leía de cabo á rabo todos esos libros instructivos y amables que regalan en las escuelas. Su mayor placer consistía en aprenderse de memoria las edificantes historietas, llenas de niños buenos, aplicados y hermosos. Creía á pie juntillas cuanto aseguraban los autores y, al cerrar el libro, quedábase pensativo y aun llegaban á saltársele las lágrimas ante la imposibilidad de hallar en el mundo tan admirables modelos de cordura y bondad de sentimientos. Sin duda, todos los niños buenos debían haber muerto antes de nacer él... Porque ¡cosa singular! en la generalidad de las historietas ocurría invariablemente, que hacia sus últimas páginas—buscadas siempre con febril impaciencia—moría el niño bueno y le hacían un lujoso entierro, con asistencia del cura, del maestro y de todos los chiquillos de la escuela, vestidos con sus mejores ropitas y llevando al brazo ancha lazada de crespón... No faltaban, no, en la triste escena los consabidos grupos de caballeros y señoras llorando á lágrima viva la pérdida del niño bueno...

El sin par Jacob quedábase perplejo y completamente desesperanzado de llegar á ser uno de esos prototipos de bondad. Porque ¡Dios santo! ¿Es que había necesidad de morir para figurar en los amables libros de las escuelas dominicales?

A pesar de todo, Jacob alimentaba la noble ambición de aparecer algún día en las sublimes pági-

nas de aquellas historietas. Véase ya el principal personaje de los grabados, un tanto chillones, bien dando cinco céntimos á la harapienta mendiga, madre de seis pobrecitos huérfanos, y recomendándole su libre inversión, pero sin prodigalidad, porque la prodigalidad es un pecado, ó bien negándose á denunciar al niño malo que le esperaba todos los días á la salida de la escuela para propinarle una cachetina... Tales eran las ambiciones del joven Jacob Blivens. Lo único que le contrariaba algo era el tener que morir en el último capítulo, aunque le consolaba pensar que no se puede coger la trucha de la inmortalidad con las bragas enjutas de egoísmo. Moriría, pues, si no había otro remedio; pero moriría bastante disgustado.

Bueno. Pues á este niño incomparable no le sonreía la fortuna, como solía ocurrir, salvo lo del fallecimiento prematuro, á los héroes de las historietas. El había leído, por ejemplo, que mientras los niños malos se caían y se fracturaban una pierna, los niños buenos quedaban inmunes en todos sus malos pasos. Ciertamente debía faltar algún tornillo en el mecanismo de Jacob, porque nada le salía á derechas. El día en que descubrió á Jim Blake hurtando las hermosas manzanas del jardín de Acorn, y en que intentó recordarle que, según lo asegurado en los libritos dominicales, iba á caerse del árbol y á romperse algo, héte aquí que no solamente acaeció el suceso, sino que al desprenderse Jim de las ramas del manzano dió con su cuerpo encima de

Jacob, estropeándole un brazo. En cambio Jim se marchó tan campante; un caso jamás registrado en los amables libritos dominicales.

¡Qué confusiones nacieron en la tierna inteligencia de Jacob! Otro aciago día — le era imposible olvidarlo — habiéndose acercado á levantar del fodo á un infeliz octogenario y ciego, víctima de la barbarie de unos cuantos muchachos, lejos de recibir las bendiciones del anciano, sacudióle éste una puñada diciéndole: «¡Arre allá, granuja! ¿Tú también vienes á darme empujones con el pretexto de ayudarme?...» Decididamente los libros estaban, á veces, en contradicción con la realidad de los hechos.

Jacob deseaba, ya hacía mucho tiempo, encontrar un perrito abandonado y enfermo, con objeto de llevárselo á su casa y convertirlo en su más fiel amigo, después de curarle sus achaques y ponerlo gordo y reluciente á fuerza de mimos y buenas tajadas.

Pues señor, cuando menos lo esperaba apareció el perrito y tan escuálido y maltrecho, cual él lo había soñado. Condújolo á su casa, lo lavó, peinó y aderezó; satisfizo, hasta el hartazgo, el hambre del animalejo, y cuando sonriente y gozoso Jacob se acercaba á su protegido para recibir el pago de su buena acción, gruñó el can, enseñó los dientes y en dos ó tres acometidas dejó á su protector con las carnes al descubierto por todas partes, excepto por delante, lo que hizo reír mucho á sus papás, Jacob

volvió á leer sus libros dominicales á ver si en ellos se consignaba un ejemplo de ingratitud parecido. Pero, nada; su perro, aunque de la misma raza que los perros de que hablaban los autores, se conducía de muy diferente manera.

En fin; que cuanto hacía Jacob en otro tanto erraba. Iguales acciones que las que valían á los niños de las historias elogios y recompensas, se convertían para él en motivo de censura y malos tratamientos.

Un domingo encontró en su camino, yendo á los rezos de la escuela, cuatro niños malos que habían hecho novillos para bajar al río y darse un paseo en barca. Jacob quedó consternado, porque sabía por los libros, que los niños que faltan á los rezos de los domingos y se pasean en barca, se ahogan infaliblemente. Sin poder contenerse desanduvo lo andado, corrió tras los futuros naufragos, se metió en el río hasta la rodilla y les dió grandes voces exhortándoles á salir de la lancha y volver á la escuela. En mitad de su sermón perdió pie, aturdióse y cayó en línea recta hacia el fondo, no sin que un árbol acarreado por las aguas le diera tremendo encontronazo en la frente. Extrajéronle á tiempo unos pescadores, y aunque el médico le sacó varios litros de agua del estómago, valiéndose de una bomba aspirante, y le devolvió la respiración soplándole con un fuelle, lo cierto fué que el heroico Jacob pescó un constipado de primer orden, y que estuvo en cama cerca de dos meses. Y cosa incref-

ble: los niños malos de la barca disfrutaron de una tarde magnífica, se divertieron mucho y regresaron á sus casas sanos y salvos. Al saberlo Jacob Blivens declaró no haber visto un caso igual en sus libros.

Creció el niño bueno, convirtiéndose en adolescente. Consultó las historias infantiles; y de acuerdo con sus enseñanzas, fué al puerto más inmediato y solicitó del capitán de un barco ser admitido como grumete. El viejo lobo de mar pidió á Jacob sus certificados.

—No los tengo—contestó el joven—pero he aquí un tratado de urbanidad que gané en la escuela.

El libro ostentaba en su primera hoja la siguiente sentida dedicatoria: «A Jacob Blivens, su maestro afectuoso.»

El capitán, ser grosero y vulgarísimo, no dió á la dedicatoria la importancia que merecía, y después de echar por la boca sapos y culebras, añadió como epílogo:

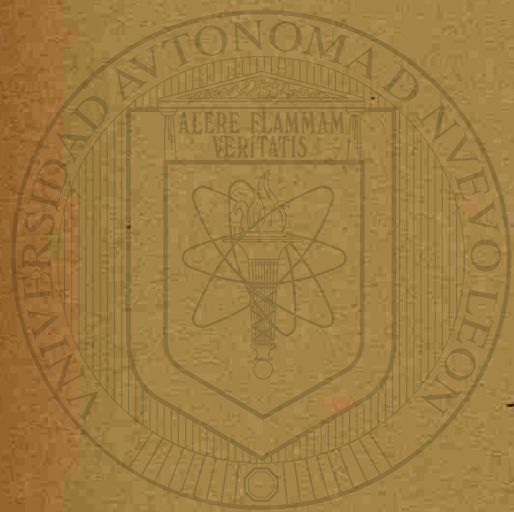
—¡Llévete el diablo! ¡Imbécil! Lo que yo necesito es un muchacho que sepa fregar y limpiar botas... Puedes largarte con viento fresco antes de que te pique los fondos con la punta de mis botas.

Este fué el acontecimiento más extraordinario de la existencia de Jacob Blivens. Las frases laudatorias de los maestros habían siempre conmovido á los capitanes de barcos, y dado acceso á todas las ocupaciones honrosas y lucrativas. Al menos, así lo aseguraban los libros. Estaba de Dios que á él todo había de ocurrirle á la inversa que á los demás.

Para terminar. Un día interrumpió indignado los brutales juegos de varios mozalvetes que se entretenían en atar á la cola de dos perros sendas latas vacías de nitroglicerina. La pena contrajo el corazón de Jacob. Pensando en los sufrimientos que iban á experimentar los pobres canes, tomó asiento en una lata—importábale muy poco mancharse cuando se trataba de cumplir su deber—; y sujetando por el collar á la primera de las víctimas, fijó en el malvado Tom Jones una severa mirada.

En esto llegó un agente de policía, y creyendo á Jacob miembro del complot antiperruno, le izó por las orejas y redondeó el castigo, dándole un soberbio azote en... plena nitroglicerina. La explosión arrojó al buen Jacob Blivens, al agente y á los perros cerca de la Osa Mayor. Los desalmados mozalvetes, causa de la espantable catástrofe, no tuvieron que lamentar en cambio ni el más insignificante chichón.

Así murió el niño bueno, después de haber realizado sinnúmero de obras meritorias y de intentar igualarse á los protagonistas de los libros, sin poder conseguirlo. Todos los que vivieron como él fueron felices. Tocóle ser la excepción. ¿Por qué? Probablemente nadie podrá llegar á explicarlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Aventuras de un inválido

CUALQUIERA que me vea dirá que soy casado y sexagenario. Se equivocaría de medio á medio, sin embargo, pues á pesar de mi aspecto ruinoso, obra de repetidas desgracias y contrariedades, soy soltero y apenas si tengo cuarenta años. No lo querrán ustedes creer, pero sepan que esta sombra, este sér desgarrado y escuálido, era, aún no hace dos años, un verdadero atleta, un coloso, todo salud, todo sangre, todo músculos. Y todavía les parecerá más increíble la causa de mi transformación. Voy á decirlo, aun á riesgo de que me tengan por embustero.

He perdido la salud por haberme encargado de la conducción de una caja de fusiles en un viaje de 400 kilómetros, por vía férrea, y en cruel noche de invierno. Dicho esto, entremos en materia.

Resido en Cleveland, Estado de Ohio. Hará veinticuatro meses, mal contados, que al regresar un día á mi casa, cubierto de nieve supe que mi ami-

go de la infancia, Juan Hackett, acababa de abandonar este valle de lágrimas. Sus postreras palabras fueron para expresar el deseo de que me encargase de conducir sus restos mortales á su pueblo natal, en el Wisconsin. Una misión tan piadosa como triste, que acepté por no desairar al querido difunto. Hice mis preparativos de viaje, guardé cuidadosamente en el bolsillo las señas de la persona que debía recibir el cadáver y que era el clérigo Levi Hackett, de Bethlehem, y me dirigí á la estación, afrontando con valentía una de las mayores nevadas que han caído sobre el país.

Al llegar á la sala de equipajes vi ya dispuesta para el embarque la caja de pino que contenía los restos del malogrado joven. ¡Pobre amigo mío! Sequé las lágrimas, clavé en uno de los lados de la caja una tarjeta con la dirección del reverendo Levi Hackett, y después de asegurarme que el ataúd quedaba bien colocado en el furgón, entré un momento en la fonda con objeto de comprar media docena de emparedados y un poco de pescado frito. Luego encendí un cigarro y esperé tranquilamente la salida del tren dando unos paseos por la sala de equipajes. De improviso atrajo mis miradas una caja de pino igual en un todo á la mía, es decir, á la del cadáver de Hackett, que acababa yo de ver colocar en el furgón. No había duda, era la misma. Por cierto que, inmediato á ella, un mozo provisto de martillo y clavos se disponía á fijar en la cubierta un rótulo metálico: la dirección, sin duda.

Me sacó de mi sorpresa el sonido de la campana anunciando la partida del tren. Corrí desalentado hacia el furgón y ví que la caja de Hackett continuaba en el mismo sitio. Respiré...

¿Cómo explicar aquella duplicidad de cajas en absoluto semejantes? Rarezas del azar. Lo cierto era que, en mi precipitación, y sin que por entonces lo sospechara, había hecho embarcar en vez del ataúd de Hackett una caja de fusiles consignada á un puesto de carabineros de Peoria (Ohio), y que el buen difunto se quedaba en la sala de equipajes maldiciendo, seguramente, mi estupidez.

Una voz gritó:—«¡Al tren!»—; sonó el pito y se puso el convoy en movimiento, dándome apenas tiempo para subir al vagón. Tomé asiento encima de unos paquetes y dirigí una mirada en torno mío. En uno de los rincones iba, entregado á sus ocupaciones, el conductor, simpático muchacho de alegre y noble fisonomía. Su aspecto general me impresionó agradablemente.

Se me olvidaba decir que en el preciso instante de arrancar el tren, un desconocido se acercó á la puerta del coche y arrojó al interior un envoltorio. Eran dos magníficos quesos de Limburge, verdaderamente respetables por las dimensiones y el olor, es decir, ahora es cuando sé en realidad que el paquete misterioso contenía dos quesos. En aquellos históricos momentos estaba yo en la más santa ignorancia de que existieran en el mundo, y á tan corta distancia mía los aromáticos productos

de la industria lechera que han dado fama á Limburge. Muy bien.

El tren caminaba á gran velocidad, desgarrando las tinieblas que lo envolvían. La nieve continuaba cayendo con furia. Invadíame profunda tristeza. Mi corazón sangraba...

De vez en cuando distraía mis meditaciones tal ó cual observación del conductor acerca del frío.

La temperatura descendía de un modo espantoso. Mi compañero de viaje se levantó, y asiendo con mano firme las compuertas, hizolas resbalar sobre los guiones de acero, cerrando la comunicación con el exterior. Echó los cerrojos, tapó las junturas con unos sacos y empezó á colocar las mercancías según las exigencias de la hoja de ruta. Mientras llevaba á cabo esta operación oíasele canturrear la antigua canción; «¡Oh, dulce recuerdo de amor!...»; una canción preciosa, con infinidad de bemoles. Esta manifestación filarmónica no impedía que llegaran hasta mi membrana pituitaria ciertas emanaciones desagradables y penetrantes que subían del fondo del vagón flotando en una atmósfera helada. Mi congoja subía de punto cuando pensaba que el mal olor procedía de los míseros restos de Hackett. A duras penas lograba contener mis sollozos. Además, temía las recriminaciones del celoso empleado. No transcurrirían muchos minutos sin que advirtiese el perfume, y entonces, ¿qué iba á suceder, Dios santo?... Por fortuna el conductor no daba señales de tener buen olfato. Iba el

hombre de acá para allá, consultando etiquetas, arreglando fardos y siempre con la misma canción: «¡Oh, dulce recuerdo de amor!...» Dí mil gracias al Todopoderoso. No obstante sentía que aumentaba mi malestar por minutos. El hedor era cada vez más fuerte, más insoportable.

Thompson—el conductor se llamaba así, según me dijo en el curso del viaje—se decidió á reanimar más el fuego de su estufa portátil, utilizando para ello cuantos pedazos de madera encontraba por el suelo. Me agradó en un principio una determinación que había de procurarnos algo de calor. Mas inmediatamente pensé con espanto en que la rápida elevación de temperatura, debía acelerar la descomposición orgánica del cadáver, y que, si Dios no lo remediaba, moriríamos por axfisia mucho antes del término del viaje. Callé, sin embargo, y sufrí en silencio.

Pronto llegué á advertir que «el dulce recuerdo de amor» se debilitaba por grados, hasta cesar por completo. Siguió una pausa. Al fin exclamó Thompson;

—¡Diablo! No deben ser de cinamomo las astillas que he echado en la estufa.

Le oí respirar con fuerza tres ó cuatro veces; vi luego que se dirigía hacia el ataud (hacia la caja de fusiles) y que tras de olisquear el envoltorio de los quesos, se sentaba filosóficamente junto á la estufa, no sin indicarme con un ademán significativo la caja, y preguntando:

—¿Algún amigo suyo eh?...

—Si—contesté casi sin aliento.

—El pobre está demasiado maduro. ¿No es verdad?...

Guardamos silencio durante dos ó tres minutos, absortos en nuestras reflexiones. Luego dijo Thompson:

—A veces no se sabe con certeza si están muertos ó vivos. El caso es que parecen cadáveres y, sin embargo, conservan calor, flexibilidad en las articulaciones y otras señales de vida. He presenciado casos curiosísimos. Algunas veces he viajado custodiando muertos, y puedo asegurarle que no es cosa agradable. Siempre está uno temiendo que se levanten y den las «buenas noches».

Siguió otra pausa. Thompson extendió la mano en dirección á la caja y dijo como continuando un soliloquio:

—Bueno; pero lo que he dicho no reza con *ese*. Me jugaría la cabeza á que está muerto y bien muerto.

Continuamos algún tiempo sin saber qué decirnos, meditando, oyendo el silbar del huracán y el rodar del tren. Por fin, Thompson, sintiéndose pensador, me dedicó las siguientes reflexiones:

—¡Bah! Ese es el viaje que debemos emprender todos. El nacido de mujer no permanecerá mucho sobre la tierra, porque sus días están contados. Así lo dice la Sagrada Escritura. Y no sirve darle vueltas... En vano se empeña el hombre luchando con-

tra esa ley inexorable. Hoy tú, mañana yo, todos hemos de pagar nuestro tributo á la muerte. Está usted muy bueno y muy contento... (al pronunciar las anteriores palabras levántase Tompson, rompe de tremenda puñada uno de los cristales de la ventanilla y asoma la nariz al exterior, respirando con delicia el aire puro durante un par de minutos). Pues sí, está usted muy bueno y muy contento, y de repente ¡zás!, cae usted segado por la implacable guadaña, y como dice la Escritura «los lugares que os vieron ya no os verán más».

Mientras Tompson termina su cita bíblica voy á la ventanilla y respiro á través del cristal roto el helado cierzo, que á mí se me antojaba entonces suave y perfumada brisa de primavera. Otra pausa aún más larga que las anteriores.

—¿De qué ha muerto?—pregunta Tompson.

—Lo ignoro—contesté.

—¿Hace mucho que falleció?

Pareciéndome oportuno alargar los hechos con objeto de hacer explicable lo que pasaba, digo:

—Dos ó tres días.

Aquella especie de disculpa no dió el resultado que esperaba. Thompson me dirige una mirada incrédula que, sin duda, significa: «Querrá usted decir dos ó tres años»; y hace unas cuantas reflexiones acerca de los inconvenientes de aplazar tanto los sepelios. La paciencia de Thompson huye al cabo, y abandonando ya sus buenas formas, exclama:

—¡Voto al chápiro! Pues, hijo, lo que es *ese* debía estar enterrado desde hace medio siglo.

Luego de hacer una nueva visita á la ventanilla y de dirigir una mirada de odio á la caja, siéntase otra vez, no sin sepultar la nariz en los pliegues de un inmenso pañuelo de yerbas. Thompson zarandea nerviosamente las piernas y hace con el torso un rápido movimiento de vaivén, como quien realiza grandes esfuerzos para soportar una cosa insoportable. Entre tanto el olor, si aquello podía ser denominado así, llegaba á hacerse sofocante. La cara de Thompson adquiría un matiz verdoso; la mía entre amarillo y blanco. Entonces me pareció oír murmurar á Thompson:

—He transportado docenas de muertos y algunos considerablemente *avanzados*. Pero, ¡por los clavos de Cristo! que ese buen señor les da tres y raya. Crea usted que los más *anarquistas* eran agua de rosas en comparación con el que nos ha caído en suerte.

Decidimos hacer algo para atenuar los efectos del mal olor. Indiqué la conveniencia de fumar. La idea le pareció de perlas á Thompson. De acuerdo con ella encendimos sendas tagarninas, aspirando el humo con toda la fuerza de nuestros pulmones. Nos pareció que habíamos resuelto el problema, persuadiéndonos mutuamente de que *apenas* si se notaba ya el olorillo. El remedio surtió efecto cinco minutos. Los cigarros se escaparon de nuestros dedos desfallecidos. Sí; olía, olía muy mal; quizá

peor que antes... Thompson, medio exánime, intentó explicar el fenómeno:

—¡Vano empeño! Sin duda el aroma del tabaco despierta *su* emulación... ¿Qué hacemos? ¿No se le ocurre á usted otro procedimiento más eficaz para...?

¡Qué había de ocurrírseme! ¡Buena estaba mi cabeza para ideas! Thompson media á enormes zancadas el estrecho recinto del vagón, prorrumpiendo en interminable letanía de interjecciones y epítetos nada cariñosos, dedicados á Hackett y á su honorable familia. Y fenómeno extraño: desde que empezó el conductor á dirigir la palabra al difunto, íbale reconociendo grados militares. ¿Por qué razón? No he podido explicármelo nunca. El caso fué que primero lo llamó capitán, luego comandante, luego coronel. Por último dijo:

—Tengo una idea. Traslademos el cadáver del brigadier allí, á aquel rincón. Acaso teniéndolo más lejos no se sufra tanto su influencia. ¿Qué le parece á usted?

Encontré muy razonable el plan. Hicimos un buen repuesto de aire puro á través de la ventanilla, y heroicamente nos inclinamos sobre la caja intentando levantarla. Pesaba de un modo horroroso. En uno de los esfuerzos resbaló Thompson y cayó al suelo dando con las narices en el fardo de los quesos. Levantóse dando traspiés, cual si estuviera ébrio, y con la mirada de un loco y el ademán frenético, se dirigió hacia las compuertas del

furgón, las abrió de par en par y salió á la plataforma dispuesto á coger una pulmonía antes que seguir al lado del *brigadier*.

Imité la conducta de Thompson. Aquélló nos hizo revivir. Cuando pudimos hablar cambiamos algunas frases de felicitación, considerándonos libres del peligro. Pero no pudimos continuar mucho tiempo á la intemperie. Seguía nevando y hacía un frío siberiano. Thompson rompió la marcha diciendo:

—Después de todo no nos ha venido mal este ratito de ventilación. Ahora será ya diferente, puesto que el general ha mudado de sitio.

Le saqué del error, manifestándole que la caja permanecía en su primitiva posición.

—Resignémonos, pues—dijo Thompson,—y busquemos otro remedio á nuestros males. Desde el momento en que el general se niega á trasladarse, no es prudente contrariarle. Vale más dejarlo tranquilo. Saldríamos perdiendo en la partida. El general tiene en su mano todos los triunfos.

Penetramos en el vagón y cerramos las compuertas, porque el frío iba en crescendo. ¡Qué noche, buen Jesús! Thompson bajó en una de las estaciones, volviendo con aire de triunfo. Llevaba en la mano un enorme objeto.

—Por esta vez—dijo—hemos triunfado. El teniente brigadier es nuestro. Aquí traigo el arma que ha de darnos la victoria.

Era un bidón de ácido fénico. Regamos con prodigalidad el piso. La caja de fusiles quedó literal-

mente inundada, y con la caja de fusiles el fardo de los quesos y todas las mercancías. Terminada nuestra obra nos sentamos y respiramos, llenos de halagüeñas esperanzas. Pero, sí, ¡buena la habíamos hecho! Amalgamáronse los dos perfumes, resultando una mezcla tan espantosa que, como impulsados por un resorte, nos precipitamos Thompson y yo en busca de la plataforma. Una vez fuera, dijo mi infeliz compañero de desventuras:

—Imposible luchar contra *él*. Aprovecha en su favor nuestras armas, las impregna de su aroma y nos las devuelve inutilizadas. Ahora es cien veces peor que al principio. Jamás he visto un difunto tan testarudo ni de peor intención, y eso que he transportado docenas de ellos, como he tenido ya el honor de manifestar á usted.

La helada atería nuestros miembros. Entramos. El olor nos volvía locos. Salimos. Y así seguimos varias horas, entrando, saliendo, alternativamente sudando, tiritando, inspirando y expirando. ¡Qué infernal y eterno suplicio!

Al cabo de una hora llegamos á otra estación, que aprovechó Thompson para ir en busca de algún remedio.

—Ahora va de veras—dijo al volver al vagón, conduciendo sobre sus hombros un abultado saco.—Esta será nuestra última tentativa. Si no venemos, hay que cantar la gallina y dejar el campo al capitán general. Probemos.

Thompson vació el saco. Brotaron de allí multi-

tud de objetos á cual más extraños; plumas de ave, mondaduras de patatas, colillas, trapos, zapatos viejos, trozos de azufre y asafétida. Hicimos una pira sobre una plancha de zinc y le prendimos fuego.

Cuando aquello empezó á arder se escapó de nuestros pechos un grito de triunfo. ¡Eureka! Habíamos apabullado al muerto. Los malos olores de antes eran al lado de éste suave fragancia de violetas y de ámbar. A pesar de todo ¡parecerá increíble! el hedor primitivo subsistía tan enérgico, tan irresistible como en los comienzos del viaje. Thompson sufrió un síncope. Al volver en sí, murmuró con apagado acento:

—Lléveme usted á la plataforma. Nada nos resta que hacer. Está visto: el generalísimo quiere viajar solo. Es un capricho que se le ha metido entre ceja y ceja. Y ¡vaya usted á convencer á un difunto!

Después, el casi moribundo conductor, añadió:

—Y no es eso lo peor, sino que estamos emponzoñados. Llegamos á la estación final de nuestra vida. Puede usted encargar sus papeletas... Ya verá como se resuelve todo esto en unas calenturas infecciosas. Por mi parte ya las siento venir. Sí, caballero, como dicen las Sagradas Escrituras...

Thompson perdió el conocimiento, y yo caí junto á él á los pocos segundos.

Cuando nos retiraron de la plataforma, una hora después, estábamos rígidos, insensibles, yertos. A consecuencia de la aventura enfermé gravemente.

Pasé tres semanas delirando como un loco. Al abandonar el lecho supe que había pasado la trágica noche en compañía de una inofensiva caja de fusiles y de un par de quesos, sin malicia alguna. La verdad llegó tarde, sin embargo. La imaginación había realizado su obra. Mi organismo se encuentra destruído para siempre. Ni el dulce clima de las Bermudas, ni las drogas más poderosas, podrán devolverme la salud. Aquel fué mi último viaje. Vuelvo á mi hogar para morir,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

El contrato de Mr. Mackensie.

Con la brevedad posible voy á exponer la participación que ha tenido un servidor de ustedes en el ruidoso asunto que tantas preocupaciones ha causado, tantas polémicas ha encendido y tantos mares de tinta ha hecho correr aquende y allende el Atlántico.

Me refiero al contrato Mackensie para el suministro de tasajo á las tropas del general Sherman.

¿Por ventura no lo conocen ustedes? Pues voy á explicárselo, advirtiéndole de antemano que todos los hechos que consigno están comprobados oficialmente; todos ellos constan en documentos administrativos. No puede pedirse mayor autenticidad. Entro, pues, en materia. ®

John Wilson Mackensie, de Rotterdam, condado de Chemung (en New Jersey), hizo en 10 de Octubre de 1861 un contrato con la Administración americana comprometiéndose á suministrar al ejército del general Sherman 30 barricas de tasajo.

Ahora bien. El susodicho Wilson Mackensie se derigió en busca de Sherman con los mencionados toneles de tasajo. Al llegar á Washington, Sherman acababa de partir de la ciudad con dirección á Manassas. Aquella contrariedad disgustó al contratista; pero como era hombre serio, amigo de cumplir sus compromisos, cogió sus 30 barricas y allá se fué en pós de Sherman, sin tener la suerte de echarle la vista encima ni en Manassas, ni Nashville, ni en Chattanooga, ni en Atlanta. Desde esta última población marchó nuestro buen Mackensie hacia el punto del litoral donde, según noticias, debía encontrarse Sherman.

Grande fué la sorpresa del hombre de las 30 barricas al saber que Sherman se había embarcado como simple particular á bordo del bergantín *Quakers City* con rumbo á Tierra Santa. Otro cualquiera hubiese desistido. Pero Mackensie era como ya he dicho, hombre serio y amigo de cumplir sus compromisos. Fletó otro barco y se hizo á la vela para Beirut, con sus 30 barricas de tasajo. Al poner el pie en Asia enterose de que Sherman había regresado á América para combatir á los indios de las praderas.

Volvióse Mackensie á bordo y tornó á los Estados Unidos. Después de sesenta y ocho días de peregrinación por llanuras y montañas, y cuando ya se encontraba solamente á cuatro millas del cuartel general de Sherman, cádate que su mala ventura le hace caer en manos de los pieles rojas. Huelga de-

oir que fué pelado y escamondado del modo más completo, y que su cuero cabelludo fué á ornar el hacha de guerra de no sé qué jefe indio. Además le robaron los pieles rojas 29 barricas de tasajo. La barrica restante, con su contenido, fué á parar al fin á poder del general Sherman á consecuencia de cierto azar de la campaña.

De modo que el infortunado Mackensie pudo antes de morir—porque debo manifestar que murió á consecuencia de la peladura—dejar cumplido parte de su contrato con el Gobierno.

En su testamento, escrito el mismo día del triste suceso capilográfico, legó Mackensie sus derechos á su hijo Bartolomé Wilson. Este se apresuró á presentar la cuenta siguiente al Gobierno federal:

El Gobierno de los Estados Unidos DEBE á Bartolomé Wilson Mackensie, hijo de Juan Wilson Mackensie, hoy difunto:

	Dollars.
Por 30 barricas de tasajo, suministradas al general Serman, á 100 <i>dollars</i>	3.000
Por gastos de viaje y transporte.	14.000
TOTAL.	17.000

Bartolomé Wilson entregó su alma al Señor antes de percibir un céntimo, legando el contrato á un tal W. J. Martín, que también murió sin haber conseguido ver un *dollars* del Estado, después de

transferir sus derechos en debida forma á Barker J. Allen.

No fué éste más afortunado que sus antecesores; sorprendióle la muerte cuando estaba andando los pasos para el cobro de los 17.000 *dollars*. Pero presintiendo, sin duda, su fin, legó sus derechos á Anson G. Rogers, una persona de mucha influencia, que logró ver el expediente en el Negociado noveno del Tribunal de Cuentas. Ya iba á pasar el expediente á informe del Negociado décimo, cuando ¡zás! la Gran Niveladora se llevó á Anson, dejándole vivir los minutos necesarios para que cediese sus derechos al cobro de los 30 barriles de tasajo á un señor llamado Vengeance Hopkin, de Connecticut.

El contrato tenía positivamente eso que llaman *jettatura*. Como que Hopkin, á pesar de llamarse Vengeance, no pudo vengar á Anson y feneció á las cuatro semanas y dos días, no sin estar á dos dedos de ser recibido por uno de los auditores del Tribunal de Cuentas.

Hopkin legó sus derechos á O. Gai-Gai Tonhson, su tío por la línea materna. Las últimas palabras de esta víctima del tasajo fueron: «No me lloreis; muero contento.» Y no mentía el pobre diablo.

El contrato Mackensie fué heredado por otras siete personas. Todas disfrutaban ya de la paz eterna. Y he aquí por qué se encuentra ese documento en mi poder. Lo recibí de un pariente llamado Hub-

bard, Bethlehem Hubbard, de Indiana, quien desde mucho tiempo antes me tenía entre ceja y ceja. Sintiéndose morir me llevó á su lado, se reconcilió conmigo, y con las lágrimas en los ojos me entregó el asendereado papelucho.

En este punto termina la historia del contrato hasta el día en que pasó á ser de mi propiedad. Ahora voy á contar imparcialmente mi odisea á través de la Administración americana.

Comprendiendo que había necesidad de empezar por arriba, fuíme á ver al Presidente de los Estados Unidos.

—¿Qué se le ofrece á usted, amigo mío?—me dijo el personaje.

He aquí mi contestación:

—Majestad: el 10 de Octubre de 1861 John Wilson Mackensie, de Rotterdam, condado de Chemung (New Jersey), fallecido hace algunos años, firmó un contrato con el Gobierno obligándose á suministrar al ejército del general Sherman la cantidad total de treinta barricas de tasajo...

El Presidente no me dejó continuar. Con un gesto cortó el discurso en mis labios y con otro no menos expresivo me señaló la puerta.

Al día siguiente fui á visitar al ministro de Estado. Apenas llegué, preguntóme:

—¿En qué puedo serle útil, caballero?

A lo que contesté:

—Alteza Real: el 10 de Octubre de 1861, John Wilson Mackensie, de Rotterdam...

—Basta—dijo el ministro interrumpiéndome—; conozco la historia. Mi Departamento no tiene nada que ver con los contratos de aprovisionamiento.

Sali del ministerio echando venablos. Después de reflexionar unos instantes, encaminé mis pasos al Departamento de Marina. El ministro estaba malhumorado. Sin darme tiempo casi á saludarle dijo:

—Sea usted conciso y veamos cuál es su pretensión.

—Alteza—respondí sin preámbulos—; el 10 de Octubre de 1861, John Wilson Mackensie, de Rotterdam, condado de Chemung (New Jersey), fallecido hace algunos años, firmó un contrato con el Gobierno obligándose á suministrar al general Sherman...

—Ya sé de lo que se trata—afirmó el ministro—; este Departamento no tiene nada que ver con el tasajo que consumieron las tropas del general Sherman.

En aquel instante empecé á sospechar que el Gobierno oponía dificultades al cumplimiento del contrato. No obstante, continué mi peregrinación, yéndome á ver al ministro del Interior.

—Alteza—le dije en cuanto estuve en su presencia—; el día 10 de Octubre de 1861...

—No siga usted, caballero—interrumpió el ministro—; su nombre y su pretensión me son conocidos desde hace tiempo. Váyase con su famoso contrato á muchas leguas de este Departamento;

aquí nos tiene todo eso del tasajo completamente sin cuidado.

No encuentro palabras para expresar la indignación de que me sentí poseído en aquellos momentos. Juré convertirme en la pesadilla de aquellos ministros inicuos, hasta lograr que se cumpliera el contrato. O me pagaban hasta el último céntimo ó perecía en la demanda como todos mis desventurados antecesores.

No sabiendo contra quién dirigir los tiros, la emprendí primero con el director general de Correos, luego con el presidente de la Cámara de Representantes. Ninguno de ellos tenía nada que ver con el contrato de John Wilson Mackensie. En vista de lo cual, cerré contra el jefe del negociado de Patentes en el ministerio de Industria y Comercio.

—¡Por vida del chapiro verde!--exclamó apenas oyó mi respetuosísima salutación. (Le di el tratamiento de Excelencia Augusta)—. ¿Conque al fin ha venido usted por estas oficinas á hablarnos de su endiablado contrato de tasajo? Sepa usted, señor mío, que á nosotros se nos dá una higa de todos los contratos de suministro.

—No lo niego, Excelencia—repuse, siempre respetuoso—; pero concédame usted que alguien ha de pagarme el tasajo, y desde el momento en que existe ese alguien, yo no me voy de aquí sin que me hagan efectiva la deuda.

Aquello terminó con una reyerta violentísima, en la que saqué la peor parte.

Cuando me estaba lamentando de mis desventuras, alguien dijo á mi oído que el sitio indicado para hacer la reclamación era el ministerio de Hacienda. No tuvieron que repetírmelo. Avistéme con el primer lord de la Tesorería y le espeté el consabido discurso:

—Muy noble, austero y eminente señor: el día 10 de Octubre de...

—Sí, ya sé—replicó el ministro—; le conozco á usted. Haga presente su pretensión al primer auditor de la Tesorería.

Y fui y me invitaron á consultar el caso con el segundo auditor, y éste me recomendó que viese al tercero, quien á su vez me encaminó hacia el negociado de conservas de carne de vaca. El asunto empezaba á tomar buen aspecto.

El jefe del negociado rebuscó en sus libros, luego en un montón informe de papelotes, después en otros sitios, y acabó por decirme que no encontraba el duplicado del contrato. Lo mismo me manifestó el sub-jefe del sub-negociado subsiguiente.

En una palabra: durante aquella semana apenas si sali de los negociados, dando caza al borrador del contrato. Harto de investigaciones infructuosas decidí variar de rumbo. Desde la sección de conservas de carne de vaca, fui peregrinando por las secciones de Cuentas atrasadas, de Cuentas saldadas y de Cuentas pendientes. Por cierto que en esta última había diez y seis señoritas anotando no sé qué en inmensos librotos, mientras nueve señori-

tos las dictaban á distancia nada respetuosa. Las señoritas sonreían á los señoritos, y los señoritos se mostraban muy acaramelados con las señoritas. Todos parecían estar muy contentos. Mientras tanto, otros tres empleadillos de poco más ó menos leían sendos periódicos, sin darse por enterados de mi presencia. Deseando salir de una situación nada airosa, interpele al más próximo de los lectores:

—Ilustre haragán, ¿me hace usted el favor de decirme dónde está el Gran Turco?

—¿Pregunta usted por el jefe del negociado?... Pues acaba de salir en este momento.

—¿Y no se sabe si volverá á visitar su harem?

El empleado me miró desdeñosamente un momento y volvió á sumirse en la lectura de su periódico. Como yo estoy muy acostumbrado á esta clase de acogidas por parte de los funcionarios de la Administración pública, aquella descortesía me hizo hasta su poquito de gracia. Después de todo, me dije, quizá he venido á interrumpir á este caballerito inoportunamente. Y resolví esperar á que leyese el periódico. Cuando comprendí que se hallaba perfectamente saturado de noticias, volví á abordarle:

—Respetable y distinguido imbécil, ha de saber que el 10 de Octubre de...

—¿Pero es usted el hombre del tasajo? ¡Acabáramos! Déme al instante sus papeles.

Entreguéselos, y observé que durante unos minutos rebuscaba entre el *maremagnum* de expedien-

Abdo. Icaza Monterrey, México
 1911
 MONTERREY, MEXICO

tes. Por fin encontró lo que representaba para mí el comienzo de la victoria; el rastro, tanto tiempo perdido, del archifamoso contrato de suministro de tasajo al ejército del general Sherman. Yo me sentía profundamente emocionado. Casi sin poder articular palabra, dije al preclaro chupatintas:

—¡Oh, amigo mío! Deme usted esa preciosa minuta. En cuanto la vea el ministro de Hacienda, ordenará, sin duda, el pago.

—Es que—arguyó mi interlocutor—falta cumplir un pequeño requisito. ¿Dónde está ese dichoso contratista, ese señor John Wilson Mackensie?

—Pero ¡hombre de Dios! Ya he dicho un millón de veces que John Wilson Mackensie ha muerto.

—¿Muerto? ¿De muerte natural ó violenta?

—Lo más violenta posible. Falleció á consecuencia de un golpe de *tomahawk* (1).

—¿Y quién se lo asestó?

—Pues un indio, señor mío. ¿Cree usted que iba á asestárselo el director general de Contribuciones?

—¿Dice usted que un indio?

—Exactamente.

—¿Sabe usted el nombre del agresor?

—Como el de usted, poco más ó menos.

—¿Presenció usted el asesinato?

—No, señor; lo prueba mi abundante y rizado cabello.

—Entonces, ¿cómo puede usted saber que Mackensie murió?

(1) Hacha de guerra de los pieles rojas.

—Porque es un hecho completamente comprobado. Además me consta que Mackensie no se ha movido de su tumba desde entonces á la fecha.

—Pues bien; es preciso que comparezca el indio, y de ser esto poco hacedero, que me traiga usted el *tomahawk*. Cumplido este requisito, pasaremos el informe á la Comisión de reclamaciones, y si nuestra opinión es confirmada, hay mil probabilidades contra una de que los biznietos de usted, si alcanzan edad proveyta, cobren los cuartos que se adeudan á John Wilson Mackensie. Por supuesto, no vaya usted á creer que el Gobierno va á pagar las 29 barricas de tasajo que se comieron los indios. Gracias que satisfaga el importe del tasajo que cayó en poder del general Sherman, y para eso será necesario que vote el Congreso un crédito extraordinario.

—Todo eso significa que al cabo de los años mil, y tras las penalidades sufridas por Mackensie y sus innumerables sucesores, el Estado sólo abonará 100 *dollars* escasos... Y si no hay otro recurso, ¿por qué no me revelaron desde un principio la triste verdad?

—Porque ninguna de las personas con quienes usted ha hablado sabía una palabra del asunto. Aquí todo se hace con arreglo á constante rutina. Usted mismo la ha seguido en sus gestiones, y gracias á ella ha llegado á averiguar lo que deseaba. Es el mejor procedimiento. La rutina es lenta, pero segura.

—Aquí lo seguro, amigo mío, es mi próximo fa-

llecimiento. Voy á morir de pena, como todos los que tuvieron en su poder el contrato de tasajo. Más antes de entregar mi espíritu al Creador, óigame usted diez minutos. Joven: usted está enamorado de aquella preciosa muchacha... Aquella, la de los ojos azules y los manguitos de percalina verde. He adivinado la pasión que les devora á ustedes. Acérquense y dense las manos... ¡Casáos y sed felices! Aquí teneis, como regalo de boda, ¡el contrato de tasajo!... Ahora, que Dios os conceda su bendición.

Todo lo que he vuelto á saber del malhadado documento, es que su último poseedor, el simpático chupatintas, mi protegido, murió ayer por la tarde.

La gran revolución de Pitcairn.

PERMITAME el lector que le refresque la memoria. Hará próximamente cien años se amotinó la tripulación de un navío inglés, el *Bounty*. Los marineros sublevados dejaron abandonado al capitán en medio del Océano. Libres ya de la autoridad suprema, aquellos bergantes hicieron rumbo hacia el Sur. Después de abordar en una de las islas de Tahiti, donde se proveyeron de mujeres, reembarcáronse de nuevo, navegaron unos cuantos días en conserva y dieron fondo, por último, en un peñasco aislado en medio del Pacífico, que lleva por nombre la isla de Pitcairn. Con objeto de borrar toda traza de su fechoría, por si alguna vez eran descubiertos, quemaron el barco, no sin haberle desalojado de cuanto podía ser útil á una nueva colonia. Hecho lo cual se establecieron en la mejor ensenada del islote.

Pitcairn se halla tan apartado de las vías comerciales, que transcurrieron bastantes años antes de

llecimiento. Voy á morir de pena, como todos los que tuvieron en su poder el contrato de tasajo. Más antes de entregar mi espíritu al Creador, óigame usted diez minutos. Joven: usted está enamorado de aquella preciosa muchacha... Aquella, la de los ojos azules y los manguitos de percalina verde. He adivinado la pasión que les devora á ustedes. Acérquense y dense las manos... ¡Casáos y sed felices! Aquí teneis, como regalo de boda, ¡el contrato de tasajo!... Ahora, que Dios os conceda su bendición.

Todo lo que he vuelto á saber del malhadado documento, es que su último poseedor, el simpático chupatintas, mi protegido, murió ayer por la tarde.

La gran revolución de Pitcairn.

PERMITAME el lector que le refresque la memoria. Hará próximamente cien años se amotinó la tripulación de un navío inglés, el *Bounty*. Los marineros sublevados dejaron abandonado al capitán en medio del Océano. Libres ya de la autoridad suprema, aquellos bergantes hicieron rumbo hacia el Sur. Después de abordar en una de las islas de Tahiti, donde se proveyeron de mujeres, reembarcáronse de nuevo, navegaron unos cuantos días en conserva y dieron fondo, por último, en un peñasco aislado en medio del Pacífico, que lleva por nombre la isla de Pitcairn. Con objeto de borrar toda traza de su fechoría, por si alguna vez eran descubiertos, quemaron el barco, no sin haberle desalojado de cuanto podía ser útil á una nueva colonia. Hecho lo cual se establecieron en la mejor ensenada del islote.

Pitcairn se halla tan apartado de las vías comerciales, que transcurrieron bastantes años antes de

que fuera visitado por un buque americano. Las cartas geográficas consideraban la isla como inhabitada. Cuál no sería, pues, la sorpresa del capitán del buque referido, al desembarcar con su gente y encontrarse la plaza ocupada. Verdad es que los amotinados del *Bounty*, en su larga permanencia en la isla habían ido mermando en número, ya por muerte natural ó ya por el asesinato. De modo que, al mediar el año 1808, fecha en que ocurrió la arribada del barco americano, sólo quedaban dos ó tres marineros de la tripulación del *Bounty*. Ahora bien; las luchas intestinas habían durado lo bastante para que nacieran algunos chiquillos, con lo que la población de Pitcairn se elevaba entonces á veintisiete personas.

Juan Adams, el jefe de los revoltosos, vivía aún y debía vivir todavía bastante tiempo. Era el gobernador y el patriarca del humano rebaño. El antiguo rebelde y homicida habíase convertido en buen cristiano y fervoroso misionero.

Su reducida grey podía dar ejemplo á muchas naciones en punto á religiosidad y buenas costumbres. El buen Adams, cuando consideró su dominio perfectamente consolidado, enarboló el pabellón británico y declaró la isla bajo el protectorado inglés.

En la actualidad Pitcairn cuenta una población de noventa individuos: 16 hombres, 19 mujeres, 25 niños y 30 niñas, todas descendientes de los marineros del *Bounty*, todos ostentando con orgullo los

apellidos de aquellos héroes, todos hablando exclusivamente inglés.

La isla se eleva sobre la superficie del mar unos centenares de metros y es de difícil acceso por lo escarpado del litoral. Mide en su parte más ancha cerca de un kilómetro. Las tierras laborables hallanse distribuídas entre las diferentes familias, con arreglo á costumbre implantada por sus primeros pobladores. Componen la fauna algunos bueyes, cabras, cerdos, gallinas y gatos. Carencia absoluta de perros y caballos.

Posee la colonia una iglesia, cuyos principales anexos están destinados á casa del gobernador, Parlamento, escuela y biblioteca pública. El gobernador llevó durante dos generaciones el título de «Magistrado y jefe supremo, comisario de S. G. M. la Reina de la Gran Bretaña», y tenía á su cargo la confección y la ejecución de las leyes. Sus funciones eran electivas. Al cumplir los diez y siete años todo el mundo era elector, sin distinción de sexo.

Las únicas ocupaciones del pueblo eran la agricultura y la pesca, su sola diversión las prácticas religiosas. Dos cosas no existieron jamás en la isla: el dinero y los establecimientos comerciales. Las costumbres y el traje de los colonos fueron siempre de lo más primitivo que pudiera imaginarse; las leyes de una sencillez infantil. Los «pitcairnenses» vivieron muchos años en la profunda calma de un domingo, lejos del mundo, de sus ambiciones, de sus maldades, ignorantes é indiferentes

á lo que pasaba en los poderosos imperios situados más allá de las inmensas soledades del Océano.

Cada tres ó cuatro años solía arribar un buque llevando á aquellas felices gentes noticias del mundo civilizado, tales como guerras sangrientas, epidemias asoladoras, tronos derrumbados, dinastías desaparecidas; luego cambiaba sus cajas de jabón ó sus piezas de franela por banastas de plátanos y sacos de bananas, haciéndose por último á la vela, y dejando á los isleños entregados á sus tranquilos sueños y á sus piadosas prácticas.

El 8 de Septiembre de este año, el almirante Horsey, comandante en jefe de la escuadra inglesa del Pacífico, visitó la isla de Pitcairn. He aquí los términos de su informe oficial al Almirantazgo:

«Las principales producciones son: judías, zanahorias, nabos, coles, maíz, bananas, higos, naranjas, limones y cocos. Desconócense la industria textil, razón por la cual sólo disponen los habitantes de los vestidos que importan algunos barcos á cambio de productos naturales. No hay fuentes en toda la isla, pero como llueve una vez al mes, por lo menos, recógese el agua necesaria para el consumo de la colonia. Según me dicen, estas gentes sufrieron mucho de la sed durante los primeros años.

Los licores alcohólicos se emplean únicamente como medicina; el borracho es aquí desconocido.

¿Qué objetos pueden ser necesarios á este pueblo, y qué debíamos proporcionarles á cambio de sus productos? A mi juicio, tendrían mucha aceptación

la franela, la sarga, las palanganas, las botas, los peines y el jabón. También serían muy bien acogidos los utensilios de cocina. He ordenado que se les entregue de nuestro depósito una bandera nacional, con objeto de que puedan enarbolarla á la llegada de los barcos, y un serrucho en bastante buen estado. Supongo que V. E. aprobará esta determinación. Si la generosa nación inglesa estuviera informada de las necesidades de estos habitantes, tengo por seguro que no transcurriría mucho tiempo sin que quedasen debidamente atendidas.

Los domingos á las diez y media de la mañana y á las tres de la tarde, se verifican los servicios religiosos en el edificio construido *ad hoc* por Juan Adams, y en el que ofició el fundador de la colonia hasta que ocurrió su muerte en 1829. Celébranse aquéllos siguiendo rigurosamente la liturgia de la iglesia anglicana. El pastor actual es Mr. Simón Young, hombre muy respetado por los naturales de la isla. Todos los miércoles se reúne en el templo la población de Pitcairn, con objeto de practicar ejercicios piadosos. Los rezos familiares tienen lugar en las casas con preferencia á cualquier otra ocupación: es lo primero que se hace al levantarse y lo último antes de entregarse al sueño. Antes y después de cada comida se elevan al cielo fervientes plegarias impetrando la bendición divina.

El más descreído hablaría con respeto de las virtudes religiosas de estos insulares, gentes sencillas que cifran su mayor felicidad en hallarse en

comunicación constante con el Todopoderoso, en cantar himnos á su gloria; gentes amabilísimas, activas y probablemente exentas de esos vicios que corroen nuestras sociedades civilizadas.

Copio ahora una frase singular, que deja caer de la pluma el almirante en su luminoso informe, así, con cierta negligencia y sin malicia alguna, con toda seguridad. He aquí la frase:

«Ha fijado su residencia en la isla un súbdito norteamericano. Se trata, por tanto, de una adquisición dudosa.»

¡Y tan dudosa! como podrá ver el curioso lector.

El capitán Ornsby, del barco norteamericano *Hornet*, que llegó á Pitcairn cuatro meses antes de la visita del almirante, nos dió á conocer hace tiempo algunos de los hechos realizados por el norteamericano. Son tan instructivos, que bien merecen la pena de que los transcriba, después de ordenados con la mayor escurpulosidad cronológica.

Llamábase el *yankee* Butterworth Stavely. Desde que trabó amistad con los habitantes de la isla—en lo que invirtió muy pocos días—puso especial empeño en conquistarse el favor popular, empleando todos los medios á su alcance. Llegó á ser el hombre de moda, y además estimadísimo por todo el mundo. Lo primero que hizo fué abandonar sus hábitos profanos y dedicar sus energías al ejercicio de la religión. Veíasele entregado incesantemente á la lectura de la Biblia y á la oración; por la mañana y por la tarde entonaba los himnos sagrados,

y á todas horas imploraba las bendiciones divinas. Nadie podía aventajarle en facilidad para improvisar una oración; ni nadie podía competir con él en punto á resistencia en las prácticas religiosas.

Cuando creyó que sus proyectos se encontraban suficientemente maduros, empezó á sembrar en secreto entre el pueblo los gérmenes de la discordia. Su designio consistía en derribar el gobierno. Lo disimuló hábilmente en un principio, temeroso de que al ser conocido de un modo prematuro, se malograra para siempre. Los medios que empleó fueron variadísimos y en armonía con los individuos cuya conquista le interesaba. Llamaba la atención de unos sobre la brevedad de los servicios religiosos del domingo, asegurando que los días festivos debía haber tres servicios de tres horas, en vez de dos de quince minutos. Muchos individuos que pensaban ya lo mismo que Butterworth, se agruparon en torno del agitador, formando un partido oculto y decidieron hacer triunfar tan excelentes proyectos.

A las mujeres se sacábalas el norteamericano recordándolas la escasa ó ninguna participación que tenían en las ceremonias del culto. No hay que decir que muy pronto se formó un segundo partido.

No desaprovechaba ningún arma el aventurero. A los niños les dijo que tenían muy pocas horas de instrucción religiosa... Tercer partido.

Desde aquel momento Butterworth, jefe de tres organizaciones secretas, pudo considerarse ya dueño de la situación. Sólo le restaba ejecutar la se-

gunda parte de su plan. Consistía nada menos que en formular una acusación en regla contra el primer magistrado, Santiago Russell Nickoy, hombre de talento y muy rico, puesto que poseía una casa con un salón, tres obradas y media de tierra plantadas de café y una lancha ballenera, única embarcación de la isla.

Desgraciadamente para Russell, surgió de improviso el pretexto que andaba buscando Butterworth. Una de las leyes más antiguas y más veneradas de la isla, era la relativa á la violación de la propiedad. Teníase en gran respeto, estando considerada como el *palladium* de sus libertades populares. Pues bien; treinta años antes habíase ocupado el tribunal de justicia de un asunto en extremo grave que caía bajo las prescripciones de esta ley.

Tratábase de un pollo perteneciente á Isabel Young (por entonces mujer de 58 años, hija de Juan Mill, uno de los revoltosos del *Bounty*). El pollo había pasado desde el gallinero nativo á un corral propiedad de Jueves Octubre Cristiano, de 29 años de edad, nieto de Fletcher Cristiano, otro de los revoltosos. Cristiano dió muerte al pollo. Según la ley, el matador podía guardarse el ave, ó bien devolver los restos mortales al propietario y recibir en cambio mercancías de un valor equivalente, ó una indemnización de los daños causados por el invasor.

El informe del tribunal declaraba que «el mencionado Cristiano, de su propia y buena voluntad

se encontraba dispuesto á entregar el cadáver del pollo á la mencionada Isabel Young, siempre que ésta abonase un cesto de bananas como indemnización de perjuicios».

El caso fué que á Isabel Young le pareció exorbitante la exigencia de Cristiano. No hubo avenencia entre las partes y allá se fueron en alzada. Cristiano perdió su pleito en primera instancia, ó al menos casi lo perdió, porque el tribunal no le reconoció derecho sino á media cesta, cantidad que él consideró insuficiente. Recurrió. El asunto anduvo años y años de un tribunal en otro. Las sucesivas sentencias confirmaban todas la del primer tribunal. Por último llegó á entender del pleito el Tribunal Supremo. Allí permaneció veinte años hasta que al fin, durante la primavera última, el primer magistrado Santiago Russell, dictó fallo en un todo conforme con los anteriores.

Cristiano se declaró satisfecho. Pero Butterworth estaba en la isla. Acercándose al pleiteante vencido, díjole en voz baja que, antes de retirarse definitivamente de la lucha, debía exigir la presentación en forma de la ley aplicada por los tribunales, con objeto de convencerse de su existencia. La idea pareció á Cristiano tan extraña como injuriosa. Hízose la petición ante el Tribunal Supremo, y ¡oh, sorpresa! declaró Santiago Russell que no le era posible exhibir la ley, por haber desaparecido de los archivos.

Como es natural, el Supremo se apresuró á casar

una sentencia basada en un precepto cuya existencia no podía demostrarse.

El asunto produjo en el país emoción profunda. Muy pronto circuló por toda la isla que una mano criminal había hecho desaparecer subrepticamente el *palladium* de las libertades populares. A las pocas horas y en virtud de la acusación en regla del ciudadano Butterworth, era destituido el magistrado supremo Santiago Russell Nickoy. Este soportó su infortunio con la dignidad necesaria. Ni recurrió ni discutió. Alegó sencillamente, en su defensa, que era irresponsable de la pérdida del texto legal; que se había limitado siempre á custodiar los archivos públicos, guardados en el mismo paquete de velas vacío que desde los orígenes de la colonia sirvió para este uso, y que era inocente del robo ó de la destrucción del documento.

Nada pudo salvarle de la ruina. Declarósele culpable de traición y disimulo; fué exonerado de sus funciones y desposeído de sus propiedades. Lo más triste del vergonzoso proceso consistía en que los adversarios de Russell afirmaban que éste, deseoso de favorecer á «su primo» Cristiano, había destruido el *palladium* de las libertades públicas. Y en honor de la verdad, hay que decir de Butterworth, *alma mater* de la intriga, era el único individuo de Pitcairn que no tenía parentesco con el magistrado destituido. Recordará el lector que los pitcairneses descendían de media docena de individuos. Los primeros hijos se habían casado entre sí; luego los

nietos contrajeron matrimonio con los nietos, y lo mismo aconteció con los biznietos. Consecuencia: que hoy todos los habitantes de la isla son parientes consanguíneos. Y, como es natural, existen allí parentescos y combinaciones familiares de todo punto asombrosas. Un extranjero podía decir, por ejemplo, á un habitante de la isla:

—Hace un momento llamaba usted á esa joven prima suya. Ahora acaba usted de llamarla sobrina.

—Perfectamente— contestaría el aludido; y no sólo es mi prima y mi sobrina, sino que también cuñada, tía, prima en cuarto grado y en el trigésimo y en el quincuagésimo; abuela, bisabuela, viuda de mi cuñado y, quizá, mi propia esposa dentro de una semana.

Después de leer lo anterior se comprenderá que la acusación de nepotismo lanzada contra el primer magistrado, era injusta. Pero, justa ó injusta, convenía á los planes de Butterworth. Nuestro aventurero ocupó pronto el puesto vacante, y ávido de introducir reformas, no cejó hasta que hubo trastornado por completo la legislación vigente en el país. Las materias por él preferidas eran las religiosas. A los ocho días de obtener Butterworth la suprema magistratura, reinaba en la isla el más exagerado fanatismo. Las prácticas religiosas se sucedían sin interrupción; á un servicio seguía otro servicio, á una plegaria otra plegaria. El rezo de la mañana, que había durado hasta entonces 35 ó 40 minutos, y en el que se hacían votos por la paz del

mundo, enumerando los continentes, las naciones y hasta las tribus, fué ampliado á hora y media, añadiéndole súplicas en favor de los posibles habitantes de los diversos planetas. Los pitcairnenses no cabían en sí de gozo. Por orden de Butterworth se duplicaron y aun triplicaron los sermones. La nación creyó llegado el momento de significar á Butterworth su gratitud. El antiguo precepto que impedía guisar en sábado, se convirtió en prohibición absoluta de comer durante ese día. Las escuelas dominicales actuaron toda la semana. El júbilo de los insulares no tenía límites. Al mes de su elección era Butterworth el idolo del pueblo.

Pareciéndole entonces al norteamericano que las cosas estaban en buen punto para el logro de sus ambiciones, empezó á manejar, con extrema prudencia por supuesto, los hilillos de la intriga, excitando poco á poco la opinión pública contra la «orgullosa Albión». Fué llamando uno por uno á los principales ciudadanos y les habló del asunto. No tardó mucho en envalentonarse y manifestar públicamente su mala voluntad hacia Inglaterra. Decía á su adicto auditorio que la nación pitcairnense se encontraba ya lo bastante madura desde el punto de vista político, para sacudir el yugo aplastante de la Gran Bretaña. Los sencillos insulares se atrevían á contestar:

—Hasta ahora no habíamos advertido que nos aplastara Inglaterra. ¿Cómo puede ser aplastante un yugo que sólo da pruebas de su existencia con actos

puramente amistosos? Cada tres ó cuatro años envíanos Inglaterra un barco abarrotado de jabón, de vestidos y de todo cuanto necesitamos, y que admitimos con verdadera gratitud. Jamás se nos molesta dejándonos vivir á nuestro gusto.

Y era de oír con qué acentos tribunicios contestaba Butterworth:

—¡Dejáos vivir á vuestro gusto! Así han hablado siempre los pueblos esclavos. Esas palabras demuestran cuán bajo habéis caído, cuán embrutecidos y degradados os tiene la ominosa tiranía de vuestros señores. ¿Habéis renunciado á la dignidad humana? ¿No tenéis noción de lo que es la libertad? ¿Os satisface ser los siervos de una soberanía extrajera y odiosa? ¿No aspiráis á levantaros poniéndoos al nivel de la augusta familia de las naciones? Pues bien, seréis grandes, civilizados é independientes. No continuaréis llevando sobre la frente el estigma del esclavo, sino que podreis ostentar sobre los hombros la sagrada toga del ciudadano libre. Tendréis al fin derecho á que se oiga vuestra voz en el Universo, á que pese vuestra influencia en la balanza de los destinos de las grandes naciones vuestras hermanas.

Estos y otros discursos por el estilo iban haciendo su efecto. Los pitcairnenses empezaron á sentir el yugo inglés. Ellos no podían darse entera cuenta de dónde y cómo lo sentían, pero, de todos modos, el caso es que empezaban á sentirlo. De ésto á murmurar, á conspirar y á suspirar por la liberación de

la patria oprimida, no hay más que un paso. Los pitcairnenses lo franquearon. Odiaron el pabellón inglés, signo y símbolo de la humillación nacional. Cesaron de mirarlo cuando pasaban cerca del Capitolio; después, sólo al presentirlo cerca de ellos, arrugaban el ceño y rechinaban los dientes. Una mañana apareció la bandera del Capitolio en mitad del arroyo. Nadie osó extender la mano para recogerla. Algunos patriotas la pisotearon. Los principales ciudadanos se presentaron á Butterworth, diciéndole:

—No podemos soportar más tiempo esta odiosa tiranía. ¿Qué se debe hacer para sacudirla?

—Un golpe de Estado—contestó el intrigante.

—¿Qué decís?

—Un golpe de Estado. He aquí en qué consiste.

En un momento dado, yo, como jefe supremo de la nación, proclamo pública y solemnemente su independencia y la declaro desligada de toda pleitesía á una potencia cualquiera.

—Pues, la verdad; nunca hubiéramos creído que un golpe de Estado fuera cosa tan sencilla. Ejecutémoslo. Y luego, ¿qué haremos?

—Incautarnos de todos los bienes y propiedades de carácter público, promulgar la ley marcial, poner en pie de guerra el ejército y la marina y proclamar el Imperio.

El programa sedujo hasta á los más timoratos.

—¡Soberbio! ¡Admirable!--exclamaron aquellas buenas gentes, deslumbradas por la sabiduría de

Butterworth—. Pero ¿tenéis seguridad de que Inglaterra permanecerá indiferente?

—Que haga lo que guste. Esta roca es un verdadero Gibraltar.

—Bien; pero hablemos del Imperio. ¿Es que ciertamente necesitamos un Imperio y un emperador?

—Lo que necesitáis, amigos míos, es llegar á la unidad nacional. Comtemplad á Alemania é Italia; son naciones que han logrado ese ideal, un ideal, que hace agradable la vida, un ideal que constituye un progreso. Nos hace falta un ejército permanente y una flota poderosa. Claro es que será preciso establecer algunos impuestos. Mas sabed que todo eso reunido es lo que hace la grandeza de un pueblo. La unificación y la grandeza: ¿qué más podéis apetecer? El Imperio os lo proporcionará, estad seguros.

El 8 de Septiembre fué proclamada la isla de Pitcairn nación libre é independiente. El mismo día se verificó la solemne coronación de Butterworth I, emperador de Pitcairn, seguida de grandes festejos públicos. El país en masa, excepto unas catorce personas, en su mayoría niños, desfilaron ante el trono, con músicas y banderas. La comitiva media una longitud total de nueve metros y medio, lo menos; como que invirtió en pasar ante el flamante trono más de cincuenta segundos. Nunca habían registrado los anales de la isla un acontecimiento semejante. El entusiasmo público desbordaba por doquiera.

No transcurrió mucho tiempo sin que empezaran á apuntar las reformas imperiales. Fundáronse varias órdenes de nobleza. Se creó un ministerio de Marina encargado de la lancha ballenera que componía la flota de Pitcairn. El recién instituido ministro de la Guerra dedicó su actividad á la formación de un ejército permanente.

Nombróse un ministro de Hacienda, que tuvo á su cargo la redacción de un proyecto de impuesto sobre la renta, y además la apertura de negociaciones de tratados, ofensivos, defensivos y comerciales con las potencias extranjeras.

Hubo una infinidad de generales, chambelanes, gentiles hombres y caballerizos. La fiebre organizadora no cesaba un punto.

Empezaron á surgir los conflictos. El gran duque de Galileo, ministro de la Guerra, se lamentaba de que todos los hombres útiles del Imperio, hallándose desempeñando funciones administrativas ó palatinas, se negaban á acudir al servicio de las armas. El ejército, pues, estaba en el papel; era una entidad puramente imaginaria.

El marqués de Ararat, ministro de Marina, formulaba idénticas quejas y añadía que, aun estando dispuesto á encargarse del mando de la lancha ballenera, no iba á poder realizarlo por falta de tripulación.

Entonces pudo verse que Butterworth era hombre de recursos. Por medio de un edicto arrancó de los brazos de sus madres á todos los niños mayores

de diez años y los incorporó á filas, con lo que logró formar un cuerpo de ejército de 17 soldados al mando de un teniente general y de dos comandantes. Esta medida satisfizo al ministro de la Guerra y disgustó á las madres, que ya veían á sus tiernos retoños caer ensangrentados en el campo de batalla... Algunas, las más atribuladas é inconsolables, acecharon el paso del Emperador, y sin saber el delito que cometían le arrojaron una lluvia de bananas, arrojando las iras de la guardia imperial y el enojo del monarca.

Lo reducido del personal masculino hizo que el duque de Bethany, ministro de Correos, tuviera que ir á manejar los remos á bordo de la flota; humillación que deboró en la sombra el pobre duque y que dió por resultado, al fin y á la postre, el que uno de los más adictos servidores del Imperio se trocase en furibundo conspirador.

Todo iba de mal en peor. El monarca se enamoró perdidamente de Nanci Peter. Empezó por hacerla dama de la Corte y acabó casándose con ella contra la opinión del Gobierno, que, por razones de Estado, había aconsejado á Butterworth I, el matrimonio con Gusemelina, la hija primogénita del arzobispo de Belén. Esto originó la excisión entre el Trono y la Iglesia.

La nueva emperatriz se creyó segura conquistando el apoyo y la amistad de las doce mujeres que componían las dos terceras partes de la población femenina de la isla. Nombrólas sus damas de ho-

nor, las abrumó á puro cargarlas de veneras y cruces. ¡No sabía la infeliz que tales preferencias engendraban la envidia y el odio en las veinticuatro mujeres de Pitcairn!

Las madres y hermanas de las damas de honor, confiando en la protección imperial, se creyeron exentas de sus obligaciones caseras, y desertaron un día ¡día aciago! de las cocinas y de los cuartos de plancha, y como no había que contar con las mujeres insurgentes para desempeñar los bajos menesteres de palacio, vióse á la condesa de Jericó y á otras nobles señoras de la Corte ir á buscar agua á la fuente, barrer las escaleras de la imperial morada y hacer otros oficios aún más depresivos. Por este lado empezó también á formarse la tormenta.

El pueblo ponía el grito en el cielo cada vez que tenía que pagar un nuevo impuesto destinado al sostenimiento del Ejército, de la Marina y del Gobierno imperial. Verdad es que los gravámenes eran intolerables por lo elevados; muy pronto se hallaría la nación reducida á la mendicidad. Las explicaciones de Butterworth I no satisfacían á nadie:

—Contemplad á Alemania é Italia. ¿Son más felices que Pitcairn? ¿No habéis conseguido la unidad nacional?

Y ellos contestaban:

—Es, Señor, que la unidad nacional maldito si sirve para alimentarnos. Nos morimos de hambre. La Agricultura es un mito en este país tan admirablemente unificado. Todos los hombres útiles se

hallan en el Ejército, en la Marina ó en un servicio público, muy vestidos de uniforme, eso sí, ¡pero con el estómago vacío! En cambio los campos se encuentran desiertos.

—Contemplad á Alemania, contemplad á Italia. Allí ocurre tres cuartos de lo mismo. Esa es la unificación. No existe otro procedimiento para conseguirla ni otra forma de conservarla.

Tales eran las razones que Butterworth I daba á su pueblo, sin lograr, naturalmente, convencerlo de las ventajas de la unidad nacional bajo el Imperio.

Para colmo de males, anunciaron un día los ministros que la Deuda pública del país se elevaba á 45 dollars; ¡más de medio dollar por habitante! Y aún tuvieron la desfachatez de proponer un impuesto nuevo, alegando que en todas partes se hacía lo mismo: á mayor deuda, mayores cargas públicas. Entre otras medidas económicas ocurrióseles imponer trabas á la exportación y á la importación. Además querían emitir bonos del Tesoro—así como papel moneda—, amortizable en cincuenta años. Por entonces ya estaba el Tesoro nacional debiendo sus haberes al Ejército y la Marina. Imponíase la necesidad de recurrir á las grandes operaciones de crédito si había de salvarse el país de la bancarrota, y quizá de la revolución. El emperador adoptó una decisión enérgica y sin precedente en la historia de Pitcairn. Acompañado de su corte y sirviéndole de escolta todo el ejército, se personó un domingo en la iglesia y ordenó al ministro de

Hacienda llevar á cabo una colecta. Aquello fué la gota de agua que hizo desbordar el vaso.

Primero un ciudadano, después otro, se levantaron y rehuyeron someterse al inaudito ultraje. Cada negativa implicaba la confiscación inmediata de los bienes de los descontentos. El castigo dió cuenta rápida de todas las resistencias. La colecta se llevó á cabo en medio de un silencio fúnebre y amenazador.

Al retirarse con las tropas, dijo el soberano:

—Yo os enseñaré quién es aquí el amo.

Algunos ciudadanos gritaron: «¡Abajo la unidad nacional!», siendo detenidos inmediatamente por la soldadesca y llevados á las cárceles del Estado.

Entre tanto, como puede suponerse, había surgido un socialista demócrata. El tal socialista, que sólo aguardaba la ocasión de hacer un acto, esperó á que el Emperador saliese de la iglesia, y en cuanto lo tuvo á tiro intentó pincharle quince ó diez y seis veces con un harpón, más lo hizo con tal torpeza democrático-socialista, que ni aun logró causar al monarca un leve arañazo.

Aquella noche estalló la revolución. El país entero se levantó como un solo hombre, no obstante pertenecer al sexo femenino cuarenta y nueve de los revolucionarios. Los soldados de infantería depositaron sus bieldos; la artillería arrojó al mar sus cocos, y la marina prendió fuego á la ballenera. El Emperador fué sorprendido en su palacio y atado de pies y manos. Cariatocetido y maltrecho, aún

tuvo valor el exmonarca para apostrofar así á sus enemigos:

—Os he libertado de una odiosa tiranía; os he hecho salir de vuestro envilecimiento; os he convertido en una nación civilizada. Os he dado un gobierno fuerte, compacto, centralizado; mejor aún, os proporcioné el mayor de todos los bienes: la unidad nacional. Por recompensa recojo hoy el odio, el insulto y la prisión. Haced de mí lo que queráis. Yo renuncio con alegría á la corona, á mis prerrogativas y á toda esa pesada carga. Desecando tan sólo vuestra felicidad, acepté el poder y estoy dispuesto á abandonarlo. Cayeron á tierra las piedras preciosas de mi diadema imperial; hollad ahora, si os place, la inútil montura.

De común acuerdo, el pueblo condenó al depuesto Emperador y al socialista demócrata á alejamiento perpetuo de los servicios religiosos ó á trabajos forzados á perpetuidad, á su elección.

Al día siguiente reuniéronse los ciudadanos, arbolaron de nuevo el pabellón inglés, restablecieron la tiranía británica y abolieron los títulos nobiliarios.

El país se dedicó luego á reconstituir la riqueza agrícola arruinada, á vigorizar las antiguas industrias y á practicar con el mayor celo los tradicionales ejercicios religiosos. El ex emperador restituyó el extraviado texto legal acerca de la propiedad, declarando que el ocultarlo en una ocasión, había obedecido á sus planes políticos. El buen

Santiago Russell Nickoy fué repuesto en su cargo de primer magistrado.

En cuanto á Butterworth y al socialista democrata, después de reflexionar unos días eligieron la proscripción religiosa en vez de los trabajos forzados á perpetuidad, con los inherentes «servicios religiosos á perpetuidad». Creyó el pueblo que las desgracias habían trastornado la razón de los dos pobres diablos, y con objeto de impedir accidentes, los encerró en un manicomio.

Tal es la historia de la *adquisición dudosa* de Pitcairn.

Las causas de mi dimisión.

Hoy 2 de Diciembre he presentado mi dimisión. Podrá afectar el Gobierno la mayor indiferencia ante ese hecho transcendental. No hagan ustedes caso de exterioridades; el Gobierno lleva el plomo en el ala... Desde hoy le falta uno de sus más valiosos elementos. Puntalicemos los hechos.

El caso es que yo estaba empleado en la Comisión senatorial de Conchiliología, y que acabo de renunciar á mi prebenda. ¿Por qué? Pues sí he de ser franco, porque me había parecido advertir en los miembros del Gobierno cierta tendencia á hacerme víctima de una irracional obstrucción parlamentaria. Sí, señores; se pretendía hacerme enmudecer, impedir que Mark Twain elevase su voz en el augustó recinto donde se elaboran las leyes.

Es evidente que no podía aceptar por más tiempo esta situación humillantísima. Era preciso dimitir y he dimitido.

Fuera poco un volumen en folio para narrar una

Santiago Russell Nickoy fué repuesto en su cargo de primer magistrado.

En cuanto á Butterworth y al socialista democrata, después de reflexionar unos días eligieron la proscripción religiosa en vez de los trabajos forzados á perpetuidad, con los inherentes «servicios religiosos á perpetuidad». Creyó el pueblo que las desgracias habían trastornado la razón de los dos pobres diablos, y con objeto de impedir accidentes, los encerró en un manicomio.

Tal es la historia de la *adquisición dudosa* de Pitcairn.

Las causas de mi dimisión.

Hoy 2 de Diciembre he presentado mi dimisión. Podrá afectar el Gobierno la mayor indiferencia ante ese hecho transcendental. No hagan ustedes caso de exterioridades; el Gobierno lleva el plomo en el ala... Desde hoy le falta uno de sus más valiosos elementos. Puntalicemos los hechos.

El caso es que yo estaba empleado en la Comisión senatorial de Conchiliología, y que acabo de renunciar á mi prebenda. ¿Por qué? Pues si he de ser franco, porque me había parecido advertir en los miembros del Gobierno cierta tendencia á hacerme víctima de una irracional obstrucción parlamentaria. Sí, señores; se pretendía hacerme enmudecer, impedir que Mark Twain elevase su voz en el augusto recinto donde se elaboran las leyes.

Es evidente que no podía aceptar por más tiempo esta situación humillantísima. Era preciso dimitir y he dimitido.

Fuera poco un volumen en folio para narrar una

á una todas las mortificaciones que ha sufrido mi amor propio en los seis días que he pertenecido oficialmente á la Administración americana.

Figúrense mis lectores que fui nombrado escribiente del susodicho Comité de Conchiliología y que no tuvieron mis jefes la galantería de proveerme de un secretario con el que pudiera echar una partida de carambolas en los ratos perdidos. Y aún hubiese tolerado esta omisión mortificante, si los demás individuos del Gabinete se hubieran mostrado atentos conmigo en otros particulares. Pero, nada de eso. Se declaraba guerra sin cuartel á todas mis iniciativas. Apenas advertía yo que el director de cualquier Departamento administrativo no sabía por dónde se andaba, el generoso espíritu que me alienta haciame abandonar hasta las más perentorias ocupaciones personales, para ir á ofrecer mis ilustrados consejos á los obtusos entendimientos oficiales. Y ¡cosa incomprensible! Cuantas veces intenté llevar las luces de mi inteligencia á los abismos de la Administración, otras tantas me despidieron bonitamente sin darme las gracias. Así, por ejemplo, un día fui á ver al ministro de Marina y le dije sin rodeos:

—Amigo mío; creo con toda sinceridad que el almirante Farragut, en vez de estar haciendo un crucero por los mares de Europa, lo que realiza es un viajecito de recreo. Dicen que no; que esa expedición es parte de un plan de campaña. Es muy posible que sea así, pero yo estoy convencido de

lo contrario. Y si no ha de presentársele al almirante ocasión de batir escuadras enemigas, debe usted darle orden de que regrese. Un hombre, por eminente que sea, no tiene derecho á usar una flota entera y verdadera para darse un paseito acuático. Eso sale muy caro. Observe usted que no me opongo á los viajes de instrucción, y aun de placer, cuando se trata de nuestros excelentes marinos; pero ha de ser á condición de que sean económicos. Y para este efecto, bastaría alquilarles una balsa y pasearlos por el Mississipi...

Pronunciar las anteriores palabras y oírse el trueno gordo todo fué uno. Al ver la indignación del ministro, cualquiera hubiera creído que acababan de proponerle un crimen. Sin inmutarme, añadí que mis indicaciones estaban inspiradas por el plausible deseo de hacer economías en el presupuesto nacional, y que tratándose de excursiones recreativas, por mar ó por río, las balsas eran el medio de transporte indicado.

El señor ministro me preguntó entonces quién era yo. Dijele que miembro del Gobierno. No bastándole esta declaración, exigió que le explicase mis funciones oficiales... Sin parar tampoco mientes en la nueva impertinencia de mi interlocutor, le manifesté que era empleado de la Comisión senatorial de Conchiliología... En aquel punto arreció la tempestad. El ministro acabó por echarme de su despacho, recomendándome que en lo sucesivo no me metiera en camisa de once varas. Estuve

tentado de revocarle en el acto. Pensé, sin embargo, que extendiéndole la cesantía era posible que irrogase perjuicios á terceros sin beneficio alguno para mí. Le perdoné la vida.

Sin perder ripio—aquel día estaba yo de vena—dirigíme al despacho del ministro de la Guerra. Por cierto que el tal se empeñó en no recibirme hasta que le hice saber que era su visitante un individuo del Gabinete. Entré, le pedí lumbré para encender el cigarro y me la dió amablemente. A renglón seguido le espeté mi discurso, declarándole, entre otras cosas, que si bien nada tenía que objetar respecto á su defensa del general Lee, en cambio me parecía muy mal la forma en que se hacía la campaña contra los indios de las praderas.

Nada de ataques aislados, señor ministro—le dije—, ni de escaramuzas sin gloria. El mejor sistema de acabar la campaña de una vez, consiste en atraer á los indios á un lugar á propósito y fusilarlos concienzudamente. A un habitante de las praderas, no se le convence más que por medio del fusilamiento metódico. Si yo no fuera partidario convencido de ese método expeditivo, aún le aconsejaría á usted el siguiente: mucho jabón y mucha enseñanza. Cierto que ni el jabón ni las letras son tan rápidos como una buena ración de plomo; pero á la larga, producen resultados casi casi tan funestos. Un indio fusilado á medias, puede llegar á restablecerse; mas si le ilustra usted y le enseña á lavarse, tarde ó temprano enflaquece y muere. No hay nada

que arruine más el organismo de un indio, que la limpieza y la educación. De modo que elija usted: ó buenas balas de fusil, ó jabón y alfabeto.

Sin dejarme continuar, me preguntó bruscamente el ministro si yo era de los llamados á dirigir la nave del Estado. Ante mi contestación afirmativa, frunció el entrecejo y pidió mi nombre.

—Yo soy—dije presentándome—el secretario de la Junta senatorial de Conchiliología.

Por toda respuesta, el ministro me hizo detener y procesar por injurias á la autoridad constituida. Estuve encerrado varias horas.

Aquello debió decidirme á guardar silencio para siempre, á dejar que el Gobierno saliera de sus atolladeros como buenamente pudiese... Pero mi deber me aconsejaba otra cosa. Fuíme á ver al ministro de Hacienda. El buen señor me saludó con un atento «¿qué desea usted?»

En un instante de distracción contesté:

—Un ponche, cargadito de *cognac*.

Sin darse por entendido del *lapsus*, exclamó el ministro:

—¡Perfectamente! Ahora, si tiene usted algo que manifestarme, dese prisa, porque estoy bastante atareado.

Le expuse entonces cuán difuso y prosaico me había parecido su último informe financiero. A mi juicio, el tal documento estaba lleno de pormenores ociosos y, además, adolecía de tosquedad de forma. Allí no había descripciones, ni detalles pin-

torescos, ni nada que denunciase en el autor temperamento artístico. Ni protagonista, ni personajes episódicos, ni intriga, ni siquiera grabados que animasen el texto. Podía estar seguro el ministro de que nadie, absolutamente nadie había de leer su obra. Hícele presente que, á menos de resignarse á perder su reputación literaria, debía abstenerse de publicar un adefesio semejante.

Porque, en suma, señor ministro—decía yo, cada vez más enfrascado en mi peroración—, ¿en qué cree usted que consiste la popularidad de los almanaques? Pues en que insertan poesías amenas y chascarrillos graciosísimos. ¿Hay algo que se oponga á que usted haga lo mismo en su informe financiero? ¿Cuán agradable resultaría su lectura si mezclase usted algunas anécdotas con las arideces de las cifras! Créame: un retruécano afortunado, vale más que todos sus razonamientos sobre la necesidad de reforzar los ingresos.

El ministro, con gran sorpresa mía, se puso furiosísimo al oírme, y eso que mis observaciones iban envueltas en las mieles de la más exquisita retórica. Aun creo que llegó á llamarme burro y otros nombres á cual más injuriosos, añadiendo que la segunda vez que me atreviera á molestarle, tendría el disgusto de salir por la ventana.

Ante un acto de desconsideración tal, sólo me restaba marcharme. Y fué lo que hice, protestando de que no se guardasen las consideraciones debidas al secretario de la Junta senatorial de Conchilio-

logía. Todo el tiempo que permanecí sirviendo al Estado me pareció notar los efectos de la tenebrosa intriga tramada contra mi persona. Y, sin embargo, declaro que mis actos estuvieron siempre inspirados en el nobilísimo deseo de hacer bien á la patria. Mi amor propio herido quizá me haya hecho llegar á conclusiones injustas ó mortificantes; pero no creo ser exageradamente suspicaz al admitir que tanto el ministro de Estado como sus compañeros de Guerra y de Hacienda, conspiraron desde el primer día para obscurecerme, para anularme.

Baste saber que jamás me fué dable asistir á un Consejo de ministros. Si presencié una de esas reuniones, fué porque harto ya de mi aislamiento, acudí á la Casa Blanca y me entré de rondón en la sala del Consejo. ¡Qué escena! Hallábanse sentados los miembros del Gabinete en torno de espaciosa mesa. Miráronme con curiosidad, sin que ninguno de ellos se dignase ofrecerme un sitio.

—¿Quién es usted, caballero?—dijo el presidente.

A esta pregunta impertinente, contesté ofreciéndole mi tarjeta, en la que podía leerse: «El honorable Mark Twain, secretario de la Comisión senatorial de Conchiliología.»

La tarjeta no hizo efecto. El presidente me miró como si yo fuese un desconocido. El ministro de Hacienda rompió el silencio diciendo:

—Presidente: este señor es el asno insoportable que fué ayer á aconsejarme que amenizase los informes financieros con chascarrillos y versos.

El ministro de la Guerra continuó la serie de esclarecimientos en idéntica *tessitura*:

—Presidente—dijo—: este señor es el desdichado tonti-loco que fué anteayer á proponerme un plan para acabar con los indios de las praderas.

El ministro de Marina entonó su aria correspondiente, sin que mis prestigios quedaran mejor parados.

Me creí en el deber de realizar un acto:

—¡Señores!—grité—; ¡poco á poco! Les veo á ustedes decididos á desacreditar todos los actos de mi carrera pública; resueltos á ahogar mi voz en los consejos de la nación. ¿Queréis una prueba más? Hoy mismo celebráis consejo sin haberme pasado el correspondiente aviso. Si estoy aquí, á la casualidad se debe, que no á vuestra cortesía. Pero dejemos esto. Quiero saber terminantemente si se celebra hoy Consejo.

El Presidente contestó haciendo con la cabeza signos afirmativos.

—May bien—continué—; entonces, pongámonos á trabajar; no perdamos un tiempo precioso criticando los actos oficiales de cada *quisque*.

Con la mayor cortesía, dijo entonces el secretario de Estado:

—Joven, parte usted de una base falsa. Los secretarios de las Comisiones del Congreso no son individuos del Gobierno, así como tampoco lo son los porteros del Capitolio, por extraño que á usted le parezca. Así, aunque nos complacería de un

modo extraordinario el que usted ilustrase nuestras deliberaciones con su sabiduría sobrehumana, no podemos legalmente aprovechar esas nobilísimas iniciativas. El Gobierno se ve, pues, en la dolorosa necesidad de no hacerle caso. Si, como es probable, el prescindir de su persona origina un desastre á la nación, sirva de bálsamo consolador á su alma dolorida, el recuerdo de haber intentado evitar la catástrofe. Reciba usted mi bendición y vaya usted con Dios.

Estas palabras amabilísimas confortaron singularmente mi ánimo. Salí de la Casa Blanca. Y como los servidores del Estado no deben conocer el descanso fuíme á mi gabinete de estudio situado en los desvanes del Capitolio. Apenas había puesto los pies sobre la mesa de trabajo, en esa indolente actitud tan extendida entre los representantes del pueblo, cuando hete aquí que entra en mi despacho, hecho un energúmeno, uno de los senadores que formaban la Comisión Conchiliológica, y me increpa del siguiente modo:

—¿Dónde ha estado usted metido desde esta mañana?

Hubiera podido decirle que donde me había dado la gana. No obstante, le expliqué mi ausencia. El senador no quiso creer en lo del Consejo de ministros, y cada vez más insolente, acabó por manifestarme que desde hacía setenta horas me estaba buscando para que le copiase un informe sobre las valvas de las almejas, las conchas del Pacífico y

no sé cuántas cosas por el estilo, relacionadas con la Conchiliología. Aquello fué la gota de agua que hizo desbordar el vaso.

—Señor senador—le dije—¿cree usted sinceramente que voy á estar á su disposición á cualquier hora por el mezquino sueldo de seis duros diarios que tiene á bien concederme el Estado? Si es así, permitame que le presente en el acto la renuncia del cargo. Por esa cantidad ínfima no soy esclavo de ningún partido. No quiero empleos degradantes. O libertad ó muerte.

Y ahí tienen ustedes, amables lectores, las causas que originaron mi dimisión. Desde este momento no pertenezco ya á la gran máquina administrativa.

Terminaré mi relato añadiendo que como me creía acreedor á alguna recompensa por los servicios hechos al Estado, á raíz de mi dimisión envié al ministro de Hacienda la siguiente minuta de honorarios:

El Gobierno federal DEBE al respetable Mark Twain, ex secretario del Comité senatorial de Conchiliología:

	Dollars.
Por una consulta en el ministerio de la Guerra.	50
Por idem íd. en el ídem de Marina.	50
Por idem íd. en el ídem de Hacienda.	50
Consulta en la Casa Blanca: gratuita.	
(1) Por indemnización de salidas, viaje de ida y vuelta á Jerusalén (vía Egipto), Argel, Gibraltar y Cádiz, en junto millas 14.000, á 20 cénts.	2.809
Por mi sueldo de secretario del Comité, seis días, á seis <i>dollars</i>	36
TOTAL.	2.995

Declaro ahora que el Gobierno sólo accedió á satisfacerme los 36 *dollars* de la última partida. El ministro de Hacienda satisfizo su odio tachando sin piedad el resto de la minuta.

He sido, pues, rechazado en toda la línea. Ahora, caiga toda la responsabilidad sobre mis crueles y envidiosos perseguidores. ¡Mark Twain ha muerto como funcionario público! Quede el yugo

(1) El Gobierno de los Estados Unidos abona gastos de salida á los delegados cantonales, á pesar de que estos señores no salen nunca de sus casas. No me explico por qué se ha negado el Gobierno á abonarme esta partida.—(Nota de M. T.)

para los que quieran seguir uncidos, para los infelices burócratas que vegetan en las oficinas de la administración sin ser jamás invitados á los Consejos de ministros, sin que ningún jefe del Gabinete los consulte sobre la Guerra, la Hacienda ó el Comercio, como si fueran entes despreciables. ¡Permaneced en la sombra, infelices!

Cáusame gran pena verlos, conscientes de su importancia en la nación—como lo demuestra su aspecto y el modo autoritario con que piden el almuerzo al *restaurant* más próximo—, entregados al trabajo envilecedor y mal retribuido. Conozco á un alto funcionario cuya misión consiste en pegar en un álbum recortes de prensa. A veces, el desventurado tiene que pegar hasta ocho ó diez recortes al día. Una labor fatigosísima, capaz de agotar el cerebro más rico en fósforo. Pues bien: ese funcionario cobra del Estado la miseria de 1.800 *dollars* anuales. Inteligentísimo como es, ese hombre ganaría en otra parte miles y miles de *dollars*. Pero, no; ha puesto la cabeza y el corazón al servicio de su país y continuará sacrificándose en tanto que haya en el mundo un álbum, un periódico y un frasco de goma.

También sé de otros empleados que, á pesar de tener una letra magníficamente mala y otros méritos del mismo jaez que la letra, se empeñan en servir al país, y trabajan y sufren por 2.500 duros al año. Suele darse el caso de que lo que escriben esos empleados tiene que ser después traducido por

otros de inferior categoría. Pero, ¿hay derecho á censurar á un individuo que se sacrifica á diario en pró de la nación?

Conozco otros pobrecitos que esperan años y años una vacante en las oficinas administrativas, y que mientras llega el ascenso se resignan á percibir 2.000 *dollars* anuales.

En fin, cuando un diputado tiene un amigo listo sin colocar, le falta tiempo para darle un destinito en algún ministerio. Y entonces es de ver al agraciado, sujeto á la noria por el resto de sus días, luchando cuerpo á cuerpo con el papel de oficio y el balduque, sin que la nación se lo agradezca ni casi se lo pague, pues no debe considerarse remuneración esos despreciables miles de duros que recibe todos los años.

Quando haya completado la lista que estoy haciendo de los diferentes servidores del país, y de los sueldos que cobran, la publicaré íntegra. Entonces comprenderán mis lectores que ni existe en los centros todo el personal necesario, ni el que allí trabaja y pena disfruta toda la recompensa á que es acreedor.

INDICE

	Págs.
El prometido de Aurelia	5
El vendedor de ecos	11
Noche de insomnio	23
Historia del niño malo	35
Historia del niño bueno	41
Aventuras de un inválido	49
El contrato de Mr. Mackensie	63
La gran revolución de Pitcairn	75
Las causas de mi dimisión	97

Biblioteca de los cuentos.

Volumen I.—CUENTOS MADRILEÑOS. Original del notable escritor José de Roure, con dibujos de Huertas, Méndez Bringas, Martínez Abades, Varela y otros renombrados artistas. La notoriedad del autor y las firmas de las ilustraciones nos relevan de hacer elogio de esta obra, que ha sido acogida con agrado por los amantes de la buena literatura.

Forma un tomo en 8.º prolongado, de cerca de 200 páginas, en papel especial rosado y cubierta en color.

Precio: DOS PESETAS.

En prensa:

Volumen II.—CUENTOS FANTÁSTICOS, por H. G. Wells, autor de moda, de renombre europeo. Ilustraciones de R. Carcedo.

«Colección INARRAVIBLES»

(BIBLIOTECA POPULAR DE BOLSILLO)

á 0,50 cada tomo.

Llaman la atención por su baratura estos lindos tomitos de 128 páginas en buen papel y abundante lectura con grabados de las mejores firmas y cubierta en colores.

Volumen I. CHASCARRILLOS BATURROS, por Calreles. Con ilustraciones de Gascón.

Volumen II. CONSULTOR Y GUÍA DE LOS NOVIOS. Interesante tratado que leerán con gusto los enamorados.

Volumen III. CHASCARRILLOS ANDALUCES, por Curro Manguela. Ilustraciones de Xaudaró.

Volumen IV. LOS JUEGOS DE MANOS AL ALCANCE DE TODOS. Con dibujos que ilustran el texto.

POSTALES BATURRAS, por Gascón.

Preciosa colección de 10 postales.—Pesetas, 1,50.

Postales «Rimas de Becquer».

Des series muy artísticas, á 1,50 pesetas cada serie.

De venta en la Administración del *Noticiero-Guía de Madrid*, Velázquez, 67.

NOTA. Todas estas obras se hallan de venta en las librerías y en la administración del *Noticiero-Guía de Madrid*, Velázquez, 67, que las remite á provincias cuando los pedidos vienen acompañados de su importe.

1948



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
CARRERAN DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CALLE DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CARRERAN DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
CARRERAN DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CALLE DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CARRERAN DE LA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE